

## LAS CUATRO VIDAS DE J. F. C. FULLER, UN HETERODOXO EN EL EJÉRCITO DE SU MAJESTAD BRITÁNICA

Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL<sup>1</sup>

### *RESUMEN*

Si sir Basil Liddell Hart ha pasado a la historia como «el capitán que enseñó a generales», el otro gran tratadista militar inglés del siglo xx, John Frederick Charles «Boney» Fuller, bien pudo haber pasado a ella como «el general que enseñó a capitanes» si su indómito carácter y su irreverencia en lo militar y en lo literario no lo hubieran hecho enfrentarse frontalmente no solo al Alto Mando británico, sino prácticamente a todo el *establishment* de Albión.

Personalidad compleja, de Fuller valdría decir que vivió cuatro vidas que se enriquecieron mutuamente hasta cristalizar en la más refinada de todas: primero la de soldado; después la de visionario de un nuevo tipo de guerra; luego la de historiador; y, finalmente, la de filósofo del *homo belliscus*. Vidas que confluyeron todas en su obra, una producción que leída hoy aún nos asombra por su amplitud pero, sobre todo, por su capacidad profética, de suerte que sus ideas más heterodoxas han acabado formando parte de

---

<sup>1</sup> Fernando Calvo González-Regueral es licenciado en Ciencias Empresariales por la Universidad de Alcalá de Henares y autor, entre otros libros y artículos, de la novela histórica ambientada en el frente de Madrid *Queridísima Elena: Desde el frente de batalla* (Galland Books, Valladolid, 2008) y del *Atlas ilustrado de batallas de la Guerra Civil Española* (Susaeta, Madrid, 2011). Con Ediciones La Librería ha publicado en 2012 su estudio histórico *La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria*.

la más pura ortodoxia, como suele pasar con las predicciones de los que se adelantan en años a su tiempo...

Inseparables y complementarias, contradictorias en algunos puntos, como sus propias vidas y la intermitente amistad que mantuvieron, las obras de Liddell Hart y Fuller van ganando con los años, y si ambos se hicieron célebres en su momento como sumos sacerdotes de la guerra veloz, mecanizada, «relámpago», sin duda es en su faceta de grandes historiadores y tratadistas donde su luz se hace cada vez más y más brillante.

*PALABRAS CLAVE:* Fuller, Liddell Hart, historia militar, guerra de los Bóeres, Primera Guerra Mundial, Segunda Guerra Mundial, estrategia, táctica, dirección de la guerra, carro de combate, guerra mecanizada, Clausewitz, bloque soviético, *Batallas decisivas del mundo occidental*.

#### *ABSTRACT*

If Sir Basil Lidell Hart entered History as «the Captain who taught generals», John Frederick Charles «Boney» Fuller, the other great 20<sup>th</sup> Century British military thinker, could well have done so as «the General who taught captains»; however, his indomitable character and irreverence both in the military and in the literary made him clash not only with the British High Command, but also with all the British establishment.

His complex personality made him live four complementary lives, which enriched one another till crystallize in the most refined one: first, his soldier's life; then, his life as a new type of war visionary; after, as a historian; and finally, his life as a philosopher of the homo bellicus. They all joined together in his complete works, a production that even nowadays amaze us because of its amplitude, but especially, because of its prophetic ability, that make his most heterodox ideas result in a part of the purest orthodoxy, as it usually happens with the ones of those advanced to their time...

Inseparable and complementary, even contradictory in some cases, as their own lives and intermittent friendship, Lidell Hart's and Fuller's productions get better and better, and despite both became celebrities as high priests of the mechanized war, however it is their magnificent historian and military commentator aspect where their lights appear more and more brilliant.

**KEY WORDS:** Fuller, Liddell Hart, military history, the Boer wars, WW I, WW II, strategy, tactics, the conduct of war, tank, mechanized war, Clausewitz, soviet bloc, *The Decisive Battles of the Western World*.



**Figura 1. J. F. C. «Boney» Fuller. Si todo hombre al final es un enigma, Fuller lo fue cuatro veces: soldado, profeta, historiador y filósofo**

\* \* \* \* \*

## *1. DE SUDÁFRICA A LA INDIA: LA FORJA DE UN SOLDADO*

### *Guerra de los Bóers*

**C**hichester es una pequeña localidad del sur de Inglaterra sita en el condado de Sussex Occidental famosa por su milenaria catedral de reminiscencias normandas. El 1.º de septiembre de 1878 este pueblito vio nacer a las cinco en punto de la mañana a John Frederick Charles Fuller, quien, como su amigo y futuro colaborador Liddell Hart, era hijo de un clérigo anglicano (y de una refinada dama francesa de origen alemán, *Thelma de la Chevallerie*). También como el joven Basil, nuestro protagonista habría de criarse en una ciudad francófona, en este caso Lausana (Suiza), lo que influiría claramente en su formación. Ambos mostraron, además, un gran apego a lo largo de sus vidas por la figura materna, progenitora que en el caso de Fuller transmitió a su hijo un gran respeto por su ascendencia germana, hasta el punto de llamarle cariñosamente en la intimidad «Fritz»<sup>2</sup>.

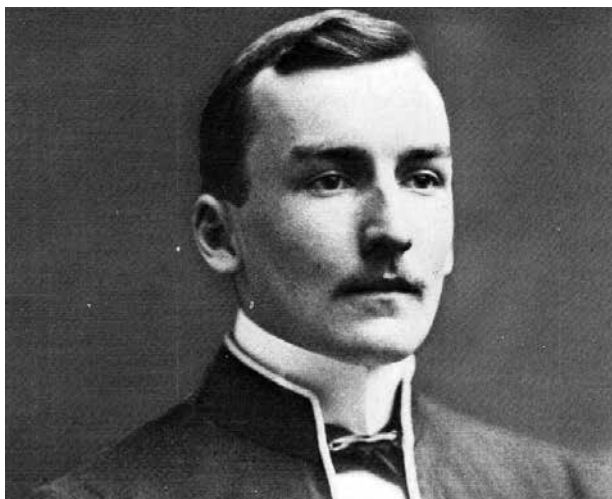
<sup>2</sup> A lo largo del ensayo veremos más coincidencias entre las vidas de ambos pensadores y asistiremos a sus encuentros y desencuentros. La voluminosa correspondencia que mantuvieron a lo largo de los años se conserva hoy en la sección Fuller Papers del Liddell Hart Centre for Military Archives de Londres.



**Figura 2. Fritz.** Como si de una premonición se tratara, el que sería profeta de la velocidad en la guerra futura ya elegía de pequeño para sus juegos de guerra el arma de la movilidad por excelencia, la caballería

Por lo demás, el pequeño Fuller se mostró muy pronto solitario y algo excéntrico. Dotado de una inteligencia precoz orientada al gusto por la historia y la geografía, voraz lector, prefirió siempre las novelas y otras lecturas por él seleccionadas a las enseñanzas de los colegios, rígidos templos de una educación victoriana demasiado encorsetada para su temperamento, en lo que constituye otro parecido con la vida de Liddell Hart<sup>3</sup>. A pesar de su corta estatura y de su poco peso, un J. F. C. Fuller de 19 años *vería cumplida su ilusión de sentar plaza de cadete en Sandhurst en 1897*, no sin grandes esfuerzos económicos por parte de su familia, circunstancia que mucho lo acomplejaría dentro de aquella academia aún profundamente elitista (el padre venía obligado a pagar cada año en concepto de matrícula la cantidad de 150 libras esterlinas, ¡toda una fortuna para la época!). Sus compañeros de armas, con los que nunca mantendría relaciones muy cordiales a lo largo de su carrera militar, encontraron el mote adecuado para este bajito, irascible y hermético oficial: «Boney», lo que no le desagradaba del todo, al recordarle a su admirado Napoleón, pues ese es el apodo con que el corso es conocido en el Reino Unido.

<sup>3</sup> Escritor que abominó del sistema de enseñanza que le tocó vivir, más propicio «a apreciar Balaclavas y Dunkerques que victorias», como aseveró en sus memorias (para saber más de este otro sabio británico el lector puede consultar mi artículo «El capitán que enseñó a generales» en el número 111, 2012, de esta misma publicación).



**Figura 3. Caballero cadete J. F. C. Fuller. Bajito, enérgico, extremadamente culto, el mote napoleónico de «Boney» sin duda le agradó**

Destinado al I Batallón de Infantería Ligera de Oxfordshire, y tras un breve paso de guarnición por Irlanda, un joven teniente Fuller partiría en el RMS Gaika el 22 de diciembre de 1899 hacia la remota Sudáfrica, donde una nueva revuelta de los bóeres ya iba camino de ser la enquistada y sangrienta guerra en que se convertiría finalmente, primer y duro encuentro con la realidad bélica para nuestro autor. Aunque antes de embarcar, la tropa recibiera entre chanzas un moderno uniforme de extraño color llamado caqui, Fuller, empleando ya ese tono cáustico que iba a caracterizar su prosa, dejó escrito en sus notas que aquella fue una de las pocas atenciones que recibirían antes de la campaña, pues «los *oxfordshires* no habíamos sido preparados para la guerra [...]. No sabíamos nada de ella, ni de Sudáfrica, ni de nuestro enemigo; no sabíamos en realidad nada de las cosas que realmente importaban y de las que iban a depender nuestras vidas»<sup>4</sup>.

Efectivamente, fiel policía de uno de los imperios territoriales *más vastos* de la historia, aquel Ejército británico a caballo de dos siglos, aun fogueado y aguerrido, no estaba preparado para afrontar una guerra de guerrillas como la que los comandos bóeres les iban a plantear. Granjeros acostumbrados a

<sup>4</sup> Hay dos fuentes principales del propio autor para conocer sus impresiones sobre la guerra de los Bóers: sus memorias (*Memoirs of an Unconventional Soldier*. Nicholson and Watson, Londres, 1936) y su diario de campaña (*The Last of the Gentlemen's Wars: A Subaltern's Journal of the War in South Africa 1899-1902*. Faber and Faber, Londres, 1937). Ambas inéditas en español.

recorrer grandes distancias y, por tanto, excelentes jinetes, la movilidad y el conocimiento exacto de un terreno difícil eran el principal fuerte de aquellos por momentos despiadados combatientes; fuerte al que añadían una muy buena puntería ejercitada en la caza y mejorada con la llegada del fusil máuser alemán, muy superior a los Lee-Metford y Lee-Enfield ingleses. Con una alta moral, ahora en su máximo esplendor por las tres victorias sucesivas que acababan de conseguir a primeros de diciembre de 1899 —Stormberg, Magersfontein y Colenso—, y un indómito carácter que los dotaba de gran iniciativa, estas tropas irregulares iban a ser un serio enemigo para unas formaciones regulares mentalmente ancladas en el pasado.

En cualquier caso, muy dolido por esas tres derrotas consecutivas en lo que la opinión pública dio en llamar «Semana Negra», la Armada movilizó de prisa y corriendo desde distintos rincones del imperio un considerable contingente de más de 47.000 hombres para sofocar la rebelión, como hemos señalado, uno de los 33 batallones de infantería movilizados fue el de J. F. C. Fuller. Tras un viaje extenuante de tres semanas en barco, el joven teniente desembarcó con sus hombres en Ciudad del Cabo el 14 de enero de 1900, solo para tomar un tren que 68 horas después los vería apearse en una estación polvorienta del interior del país, desde donde habrían de recorrer a pie los últimos cien kilómetros hasta su destino final. Tanto en el desembarco como en los desplazamientos y en el ulterior despliegue, Fuller fue constatando con disgusto la falta de preparación de su Ejército para una guerra como la que, intuía, iba a ser claramente de movimientos e irregular:

No llevo mucho tiempo en el ejército, aunque sí lo suficiente para ver que 9 de cada 10 oficiales saben tanto de asuntos militares como de ir a la luna y, lo que es peor, no intentan o quieren saber más... La guerra, como toda actividad hoy día, es una ciencia... Que ganaremos esta lucha es muy probable, pero al menos que las tácticas de nuestros jefes cambien será solo gracias a la mera superioridad numérica carente de otros méritos<sup>5</sup>.

Mal empezó la aventura para nuestro protagonista cuando una apendicitis mal tratada a punto estuvo de costarle la vida. Repatriado a Inglaterra para su convalecencia, cuando se reincorporó al servicio activo en Sudáfrica cinco meses más tarde, la guerra había entrado ya francamente en una fase de operaciones antiguerrilla que recordaba a nuestra entonces reciente guerra de Cuba. El Ejército inglés optó por desplegarse a lo largo y ancho del

---

<sup>5</sup> Citado por Anthony John TRYTHALL, uno de los pocos biógrafos del tratadista militar, en su «Boney» Fuller: *The Intellectual General, 1878-1966*. Cassell, Londres, 1977.

territorio, estableciéndose en lo que llamaríamos blocaos que se apoyaban mutuamente y desde los que columnas móviles lanzaban operaciones de búsqueda, captura y total aniquilación del resbaladizo enemigo, al que se privaba del apoyo popular por el expeditivo método de concentrar a los civiles en unos campos que se harían tristemente famosos y donde tantos iban a morir por falta de higiene, enfermedades y mala alimentación. Para el teniente Fuller, inmerso en misiones de reconocimiento profundo en territorio enemigo, esta no era la guerra que había soñado en Sandhurst, así que, asqueado al ver la brutalidad con que ambos contendientes se estaban desenvolviendo, pidió destino a la India, país y cultura que deseaba fervientemente conocer, destino que de momento no iba a conseguir... Mientras tanto mataba los ratos libres leyendo vorazmente todo tipo de literatura: Kropotkin, Darwin, Carlyle, los clásicos griegos, *La divina comedia*, poesía —que también escribía—, Clausewitz, Kipling... Su obra posterior, trufada de citas eruditas siempre bien traídas al caso, se enriquecería sin duda de todas esas lecturas.



**Figura 4. Segunda guerra anglo-bóer (1899-1902). Para el Ejército inglés, con mandos formados en las guerras zulúes y educados aún a lo Crimea, fue toda una sorpresa la guerra de guerrillas que le plantearon unos despiadados granjeros de África del Sur**

Como había vaticinado nuestro autor, el Ejército imperial acabó triunfando con mucha pena y poca gloria sobre los bóeres en 1902 y, si bien los británicos acabaron dominando las esquivas tácticas de la guerra de guerri-

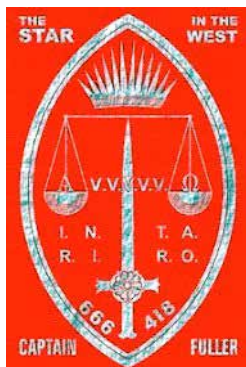
llas, lo cierto es que el éxito se debió a su aplastante superioridad: piénsese que al finalizar la campaña cerca de medio millón de hombres ocupaban en fuerza el territorio. Por eso, cuando su regimiento fue destinado un año más tarde a la India, Fuller sintió una gran liberación, primero por partir hacia el lugar que siempre quiso conocer, pero sobre todo por perder de vista Sudáfrica... País que con el tiempo, sin embargo, añoraría, pues fue en él donde se curtió como soldado contra un enemigo duro, pero al que acabó comprendiendo y respetando en lo que de virtuoso tenía: maniobrabilidad y frugalidad, parquedad e iniciativa individual, estoicismo, capacidad de sorprender al enemigo, rapidez y oportunidad en la elección de los objetivos, todos ellos puntos clave para el desarrollo de su pensamiento militar futuro. En cualquier caso, para los jóvenes oficiales de aquellas promociones —futuros jefes de batallón en los «campos de Flandes» del año 14—, había quedado claro que la guerra ya nunca más iba a ser un asunto entre caballeros...

### *La India y el ocultismo*

Si Liddell Hart tuvo varias pasiones aparte de la milicia —desde el tenis hasta el ajedrez, pasando por la moda femenina—, Fuller prácticamente solo tuvo una adicional: la filosofía mística, especialmente la oriental, que conoció en la India (ambos, eso sí, fueron apasionados y grandes conocedores de la mecánica y los adelantos tecnológicos en una época en que este gusto no era nada común: la aviación, los ferrocarriles, la radio, el automovilismo y, finalmente, cómo no, los carros de combate y los vehículos militares).

Casi sin tiempo para reponerse en la metrópoli, los *oxfordshires* llegaron a la joya de la corona británica en el otoño de 1903, cuando eran acantonados en las alturas de Simla. Como había soñado, el joven teniente Fuller, de 24 años, cayó enamorado de la cultura india, fascinación que lo llevó a estudiar la religión *védica* y sus textos, además de iniciarse en el yoga, actividad que precursoramente introdujo a su vuelta en Inglaterra, sin duda toda una extravagancia en aquellos años. En 1905 comenzó a cartearse con Aleister Crowley, uno de los místicos del ocultismo más famoso de la época, extraño personaje que lo introdujo en toda aquella filosofía que, veremos, tuvo una influencia importante en la vida de nuestro autor más allá de lo anecdótico. Así, curiosamente, los primeros escritos publicados por J. F. C. Fuller no tenían nada que ver con la milicia, sino que fueron unos artículos para la *Agnostic Journal* —todo un insulto para su padre, por cierto—, apuntes preparatorios de su libro *The Star in the West – A Critical Essay upon the Works of Aleister Crowley* (The Walter Scott Publishing Co., Londres-Nueva York, 1907).





**Figura 5.** *The Star in the West*. Extraño símbolo diseñado por el mismo Fuller para la portada de su primer libro publicado, una glosa de la obra de Aleister Crowley

En estas —y en el estudio de la guerra ruso-japonesa a la sazón en curso— estaba Fuller cuando un ataque de fiebre entérica lo volvió a poner al borde de la muerte. Recuperado en la madre patria, se casó durante la larga convalecencia con Margarethe Auguste Karnatz, «Sonia», mujer de carácter fuerte de origen germano-polaco, una nueva influencia alemana en su vida. La India podía *esperar* mientras el ya capitán recién casado buscaba destino en Gran Bretaña, que encontró en el regimiento de Middlesex, primero, y después en Aldershot, *Home of the British Army*. Fueron estos años previos al estallido de la Gran Guerra tranquilos para el joven matrimonio, *él pudo* dedicarse plenamente a la escritura, ahora ya de tipo militar. Un año antes del universal drama, en 1913, nuestro autor conseguiría otro de sus sueños: ingresar en el prestigioso Staff College de Camberley...

Importa detenerse antes de seguir adelante en esos primeros escritos de temática castrense de Fuller, que versaron, como en el caso de Liddell Hart, sobre la instrucción táctica y moral de las tropas, lo que no deja de ser una nueva coincidencia curiosa en la vida de ambos pensadores<sup>6</sup> (de hecho, un madrugador ensayo de J. F. C. giraba en torno al sistema de entrenamiento de sir John Moore, personaje también de la preferencia de Hart. Para ambos pensadores, el sistema de Moore era ejemplar por combinar sabiamente la parte eminentemente técnica de la instrucción —y que se ha de aprender a

<sup>6</sup> Solo los títulos de los artículos ya nos dan una idea de las preferencias temáticas del de Chichester; así, por ejemplo: «The Three Flag System of Instructing Infantry in Fire Tactics» y «The Procedure of the Infantry Attack, a Synthesis from a Psychological Standpoint» (para *The Army Review* y *RUSI Journal*, respectivamente). Por otra parte, es curioso ver como ambos autores hacen en los escritos de esta época especial hincapié en la edad de los generales, afirmando que la edad óptima para el mando de grandes unidades no debiera rebasar en ningún caso los 50 años.

base de repetición, pues «los hábitos adquiridos durante las maniobras en tiempo de paz no se modifican durante la guerra, o lo hacen de una manera muy lenta e imperfecta»<sup>7</sup>— con la de orden moral, trascendental, pues esta tiende al cuidado del principal recurso de cualquier ejército: el soldado). Como consecuencia de aquellos ensayos, en 1913 vería la luz su primer manual —*Hints on Training Territorial Infantry: From Recruit to Trained Soldier* (Gale and Polden, Londres)— y en 1914 su *Training Soldiers for War* (Hugh Rees, Londres), librito que conviene estudiar someramente.

*Primeras letras: Educación del soldado para la guerra*<sup>8</sup>

Se puede decir que el primer «clásico» de John F. C. Fuller fue este *Training Soldiers for War* escrito poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, pero aparecido en octubre de aquel nefasto año de 1914, lo que dio un nuevo y dramático sentido a todas las palabras en él contenidas, circunstancia que el mismo autor recogió en el prólogo:

Apenas estaba terminado el manuscrito de esta obra cuando la guerra actual, extendiéndose por Europa, hizo pasar a los cerebros humanos de las especulaciones teóricas a las realidades de la práctica [...]. Mi primera idea al escribir este libro era hacer un pequeño tratado de educación moral para el ejército [...]. Mi idea actual al publicarlo ahora, que la guerra ha pedido al Imperio la reunión de enormes masas de hombres sin instruir, es ofrecer más al nuevo ejército que al antiguo mi modesta ayuda para la transformación de aquellas masas en un formidable instrumento guerrero<sup>9</sup>.

Notable declaración de intenciones en la que observamos una primera nota que caracterizará toda la producción de nuestro escritor, a saber, el fin práctico que quiere dar a sus textos, lejos de disquisiciones abstractas (y aunque sus libros evolucionen con el tiempo en ese sentido, su filosofía gozará siempre de este carácter utilitario que apuntamos).

<sup>7</sup> FULLER, John F. C.: *Educación del soldado para la guerra*. Calpe, Madrid, 1925, pág. 38.

<sup>8</sup> La amplitud y profundidad de la obra de Fuller hacen que sea imposible glosarla por completo en este ensayo. Por ello, hemos seleccionado algunos títulos que representen la evolución de su prosa y de su pensamiento, pero además nos den una idea cabal de las cuatro vidas del autor: el soldado (*Educación del soldado para la guerra*), el profeta (*Tanks in the Great War*), el historiador (*Batallas decisivas del mundo occidental*) y el filósofo (*La dirección de la guerra*).

<sup>9</sup> FULLER, John F. C.: *op. cit.*, pp. 13-15.

*Training Soldiers...* fue la primera obra que se conoció de Fuller en España —uno de los países donde más se le tradujo— en curiosa edición de Calpe (1925) para una Biblioteca Militar de corta vida y poco fondo, que nos recuerda sospechosamente a los deliciosos tomitos de la Colección Bibliográfica Militar que fundarían poco después los capitanes Rojo y Alamán, quienes también darían cabida en su editorial al maestro inglés. Traducida por el teniente alumno de la Escuela Superior de Guerra don Emilio Castellano Gállego y prologada por el coronel de infantería don Enrique Ruiz Fornells, *Educación del soldado para la guerra* contiene ya todas las claves del mejor Fuller, si bien aún sin madurar. Lejos de endosarnos un manual táctico al uso, el a la sazón capitán hace un meritorio retrato psicológico del soldado y sus mandos, haciendo más hincapié en factores intangibles —«El alma», «El cerebro», «La psicología del individuo», «La psicología de las muchedumbres», «El poder de la sugestión», «Jovialidad», «Emulación», «Fe» son títulos de algunos capítulos— que en los meramente físicos o de instrucción castrense *típica, a lo que dedica en realidad* solo algunos puntos finales («Ejercicio de combate», «Manejo del fusil» y «Ejercicios de orden abierto»). Esto hace que el libro nos dé todavía hoy una curiosa sensación de actualidad, que lo haría perfectamente reeditable y utilizable en los ejércitos a pesar del tiempo transcurrido desde su redacción...

Desde el punto de vista del contenido, entre otros hallazgos, ya aparece en este tomito la enunciación de los principios básicos de su filosofía bélica, principios que iría perfeccionando a lo largo de su vida: *principio del objetivo*, o estudio del punto en el que se puede infligir al enemigo una derrota más severa o decisiva; *principio de la masa*, o *concentración de esfuerzos* y su aplicación en el punto *más débil del contrario*; *principios de economía de fuerzas y de cooperación*; *principios de ofensiva, de seguridad, sorpresa, velocidad y movimiento*. Lo que más destaca no obstante de este escrito, obsoleto solo en su parte más técnica como decimos, es su estilo, en el que reconocemos en ciernes al Fuller que se haría mundialmente famoso pero en dosis muy moderadas: polémico, original sin duda, radical por momentos, claro y preciso, culto, con un dominio estupendo de la lengua de Shakespeare y gusto por las citas, no solo de clásicos militares —Clausewitz, Grandmaison, Du Picq—, sino en general de la literatura universal (Herodoto, Byron, Shelley, Montesquieu, Carlyle...). En *él* leemos frases que invitan a la reflexión, máxime teniendo en cuenta el histórico año de la *editio princeps* (1914): «Lo que debemos tratar de conseguir es la subordinación de la voluntad individual a la del jefe, y no la destrucción o la anulación total de aquella. No debemos hacer esclavos o autómatas, sino hombres; hombres

cuyo dominio sobre su propia voluntad sea tal que puedan, a pesar de ella, obedecer a la voluntad de su jefe sin ceder servilmente a su sugestión»; «El prestigio es la base de la disciplina, porque no es posible conducir a los hombres por la fuerza ni por el miedo [...]. El gran secreto consiste para los oficiales en compaginar la familiaridad con sus hombres con la más absoluta autoridad cuando se requiera»; o «La educación militar consiste en enseñar a mandar y en enseñar a obedecer [...]. Es al corazón del hombre al que debemos dirigirnos, y en él tengo confianza absoluta. La voluntad de vencer equivale a la victoria»<sup>10</sup>.

Frases que rezuman humanismo, otro rasgo distintivo de su prosa y también de la de Liddell Hart, en lo que constituye un rasgo común de sus obras característico de todo su pensamiento militar (los tratadistas anteriores, muy en especial Clausewitz, obsesionados por elevar lo bélico a la categoría de ciencia, olvidaron con frecuencia que, caso de tal, la guerra sería *una ciencia social*, pues es un fenómeno eminentemente humano. El factor hombre prepondera en las obras del binomio Fuller-Hart: veremos la causa de ello al hablar del Somme, 1916).



**Figura 6.** *Educación del soldado para la guerra*. Portada y contra de la edición española del primer clásico de Fuller (Biblioteca Militar, Calpe, 1925)

<sup>10</sup> FULLER, John F. C.: *op. cit.*, pp. 31, 67 y 81.

A juzgar por el nefasto desarrollo de ese retroceso de siglos en el arte militar que fue la guerra que aquel año comenzaba, pocos jefes leyeron estas reflexiones de Fuller...

## 2. «DESDE EL BARRO A LOS VERDES CAMPOS MÁS ALLÁ»<sup>11</sup>: LA FORJA DE UN VISIONARIO

### *Un hombre encuentra su destino: el Tank Corps*

Si en su clásico *Batallas decisivas del mundo occidental* nuestro autor dejaría claro muchos años después su punto de vista sobre el porqué de la conflagración de 1914 al decir que «la guerra originada por el altercado serbio-austríaco adoptó rápidamente el carácter de conflicto mundial [porque] todas las grandes potencias envueltas en él eran imperios cuyas fronteras se rozaban», en su otro clásico —*La dirección de la guerra*— se iba a mostrar aun más rotundo sobre las que consideraba que fueron sus fatales consecuencias: «Cuando la guerra terminó en 1918 todo este edificio, a excepción de los Estados Unidos, se había venido abajo. Inglaterra estaba en plena bancarrota; Rusia y Alemania se encontraban bajo las garras de la revolución; el imperio austrohúngaro había desaparecido y el otomano estaba desmembrado; Italia estaba aturdida y los restantes países de Europa habían ardido en el voraz incendio; toda una época se había hundido entre las llamas»<sup>12</sup>. Y es que la primera parte de esa contienda mundial que tuvo lugar entre 1914 y 1945, amén de marcarlo personalmente, iba a marcar su entera obra, se convirtió en el contramodelo que siempre tuvo en mente a la hora de filosofar sobre el hecho bélico en la historia de la humanidad y en ella odió todo lo que de más atroz tiene la guerra (al igual de nuevo que sir Basil Liddell Hart, quien confesó no haber llegado a entender nunca del todo el origen de la conflagración, que en su caso lo invalidó de por vida).

Claro que en agosto de 1914 el todavía capitán John Frederick Charles Fuller nada de esto intuía, si bien su carácter escéptico lo llevaba a abomi-

<sup>11</sup> El lema de los carristas británicos es *From mud, through blood, to the green fields beyond*, algo así como «Desde el barro, por la sangre, a los verdes campos más allá», en alusión a los colores de su bandera regimental: marrón, rojo y verde. En su emblema se lee *Fear Naught*, esto es, «Sin miedo».

<sup>12</sup> FULLER, John F. C.: *Batallas decisivas del mundo occidental y su influencia en la historia*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1961, pág. 213. *Ibidem*: *La dirección de la guerra*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1965, pág. 135.

nar instintivamente de las manifestaciones de júbilo que, desde Inglaterra a Alemania, desde Francia a Austria, irresponsablemente mostraban por doquier políticos, militares, civiles, poetas y, en general, todos los pueblos y habitantes de una Europa en la cúspide de su máxima expansión territorial, demográfica e industrial, ignorantes de la capacidad de devastación con que las novedades armamentísticas iban a transformar para siempre los campos de batalla. Envuelto en tareas logísticas —organizaba los convoyes ferroviarios de tropas con destino a sus puertos de embarque rumbo a Francia (¡al espeluznante ritmo en los momentos punta de un tren cada cuatro minutos!)—, nuestro protagonista no se incorporaría a primera línea hasta mediados de 1915, lo que para su biógrafo Trythall le salvó la vida, habida cuenta del elevado ratio de bajas entre los oficiales británicos observado durante los primeros meses de la contienda. Cuando al fin lo hizo fue para incorporarse a la sección de operaciones del estado mayor del VII Cuerpo de Ejército, topándose de bruces con la realidad más aberrante que un enamorado del arte militar y de la maniobra podía imaginar: un frente estático de cientos de kilómetros de trincheras cavadas desde el mar del Norte hasta Suiza imposible de romper con los medios —y las mentalidades— de los ejércitos enfrentados. Los cañones de campaña de tiro rápido y la ametralladora se habían convertido en las armas dominantes sin dar tiempo a la táctica a renovarse para estar a la altura de tantos adelantos bélicos introducidos o por introducir en 1914-1918 (tesis que sostendrá el autor posteriormente en su obra *Armament and History* como explicación al estancamiento de las trincheras). De momento, canalizó su odio hacia el enemigo, abandonando la costumbre de firmar las cartas a su madre con su viejo seudónimo de la infancia: «Fritz», todo un detalle en absoluto irrelevante...

Ascendido a comandante en 1916, presenció en el sector de la 37.<sup>a</sup> División encuadrada en su cuerpo el inicio de la ofensiva del Somme en el terrible 1.º de julio de aquel año, día más sangriento de la historia militar británica (en el otro extremo del despliegue, tan solo unos kilómetros más al sur, un joven teniente de complemento de nombre Liddell Hart se perdía entre la niebla y fue gaseado unos días después. Los dos visionarios de la posguerra estaban forjando su odio visceral a la Gran Guerra en el mismo molde). Fue poco después cuando el capitán Uzielli reclamaría a Fuller para la plana mayor de una enigmática Heavy Branch of the Machine Gun Corps —embrión del Tank Corps<sup>13</sup>— sita en el delicioso *château* de Bermicourt,

<sup>13</sup> La cronología del cuerpo es como sigue: noviembre de 1916, creación de la Heavy Branch of the Machine Gun Corps; julio 1917, la Heavy Branch pasa a llamarse The Tank Corps (que se hace Royal en 1923); abril de 1939, el cuerpo pasa a llamarse

muy cerca del, para los ingleses, mítico campo de batalla de Azincourt y donde un grupo de entusiastas oficiales al mando del coronel H. J. Elles habían tomado la firme determinación de buscar definitivamente la forma de conseguir una ruptura decisiva en el frente occidental, comenzando a experimentar con una nueva y misteriosa arma... Es entonces cuando su vida y, en cierto modo, la historia de la guerra moderna, iban a dar un giro decisivo.



**Figura 7. Bemicourt.** El comandante John Frederick Charles «Boney» Fuller —primero por la izquierda— encuentra su destino: el Cuartel General del Tank Corps (a su lado, el general H. J. Elles, comandante jefe del cuerpo y, siguiendo en la primera fila, los capitanes Le Q Martel —otro pionero de la guerra acorazada— y Uzielli, quien trajo a Fuller a esta unidad)

El cronista del Tank Corps, capitán Charteris, dejó una imagen fiel del Fuller de aquellos tiempos que no nos resistimos a transcribir por lo que tiene de retrato preciso de la persona y del militar:

Bajito como Napoleón, calvo, rostro afilado, todo en su apariencia externa y en su estatura le hacen merecedor del seudónimo de «Boney». Soldado heterodoxo, prolífico en ideas, algo autoritario y tradicional. Experto tanto en religiones orientales y ocultismo como en historia militar y teoría de la guerra. Incansable escritor y trabajador, emite desde su

---

Royal Tank Regiment como parte de un nuevo Royal Armoured Corps (información extraída de CHADWICK, Kenneth: *The Royal Tank Regiment*. Leo Cooper, Londres, 1970).

despacho constantemente escritos sobre instrucción, planes de campaña, organización, directivas para el uso de los tanques, etc. Nunca será probablemente un buen comandante jefe, pero es precisamente lo que un oficial de Estado Mayor ha de ser, desarrollando las ideas del mando de forma profunda y meticulosa en forma de planes, dejando a su vez la ejecución de estos para otros oficiales<sup>14</sup>.

Giffard LeQuesne Martel, otro teórico fundamental en estos inicios de los carros, confesó en la posguerra la importancia decisiva para el impulso de la nueva arma que tuvo la incorporación de *Fuller al naciente cuerpo*.

Es cierto que nuestro autor no fue quien concibió la idea del carro de combate<sup>15</sup> —mérito que se suele atribuir a sir Ernest Swinton, a la sazón un oficial de zapadores obsesionado con encontrar un antídoto contra las ametralladoras, a ser posible «motorizado, todo terreno, a prueba de balas y armado»; ni siquiera fue el primero en teorizar sobre la nueva arma —honor que le correspondería al mentado capitán Martel, quien ya había escrito *A Tank Army*, un documento que abogaba por el empleo masivo de los carros de combate—; pero lo que sí es cierto es que el comandante Fuller fue el primero en percatarse de que esos monstruos antediluvianos que empezaban a hollar los campos de Flandes eran más que una mera herramienta para desatascar la lucha de posiciones: se trataba de un arma que iba a cambiar la faz de la guerra definitivamente, mecanizando los ejércitos para siempre. Donde otros veían un tractor con armas —el «tanque»—, él vio desde el principio en el invento la llave para volver a la maniobra —el carro de combate—. Stephen Foot, el otrora famoso escritor militar, en su obra *Three lives* (Heinemann, Londres, 1934), lo dejó bien claro:

El Tank Corps era una espléndida fuerza de combate, pero el cerebro detrás de todo ello era el de Fuller [...]. Para su éxito, los tanques necesitan tácticas tanto como la gasolina: Fuller las ideó. Antes de que

---

<sup>14</sup> *HQ Tanks 1917-18*, diario privado del capitán Evan Charteris recogido en parte por Liddell Hart para su *The Tanks: The History of the Royal Tank Regiment*. Cassell, Londres, 1959.

<sup>15</sup> La primera visión que tuvo de un carro de combate J. F. C. Fuller fue el 20 de agosto de 1916, cuando se organizó a retaguardia del Ejército inglés desplegado en Francia una especie de picnic para presentar el invento a una porción de jefes y oficiales. Él mismo lo recuerda en sus memorias: «Todo el mundo estaba hablando y poco atento cuando de pronto apareció a la vista el primer carro que vi jamás [...]. No, no era un monstruo, sino una bella máquina de forma romboidal y líneas esbeltas. Nunca lo olvidaré». Para él, y en esto no cabe duda de que sí fue el primero en percatarse de ello, el tanque era una entidad abstracta, cuyos atributos esenciales trascendían las precarias características técnicas de sus orígenes.



cualquier ataque pueda ser lanzado, debe haber un plan: Fuller lo diseñó. Después de toda batalla, se deben sacar conclusiones y aprender tanto de la victoria como de la derrota: Fuller las absorbió y sistematizó. Y, sobre todo, en el caso de los tanques, una oscura lucha en los cuarteles generales debía ser dada contra la apatía, la incredulidad y la estrechez de miras: Fuller la dio... y la ganó.

La ganó «parcialmente», añadimos nosotros, como se verá.

En realidad, cuando el *major* Fuller se incorporó a ese Estado Mayor que tenía mucho de laboratorio experimental, los carros de combate ya habían entrado en acción, pero lo habían hecho de forma dispersa y en acciones aisladas, con lo que desperdiciaron el haber podido conseguir una sorpresa estratégica de gran magnitud si hubieran sido empleados de forma masiva y concentrados en un *único sector; de haber ocurrido esto, los alemanes sencillamente no hubieran tenido forma de contrarrestar la nueva arma*<sup>16</sup>. Y esto es lo que Fuller vio clarísimamente entonces y en la posguerra, a saber, que el empleo no solo óptimo sino decisivo de esas máquinas radicaba en emplearlas como un poderoso puño de hierro que golpee en el punto más débil del enemigo, rebasando su primera línea, profundizando en su territorio, amenazando sus centros neurálgicos de mando, comunicación, abastecimiento, refuerzo y sostén, incluso a su propia población, causando al fin un pánico tal que lo hiciera desistir de continuar la lucha. Ni más ni menos que la esencia de la ruptura en la guerra: no tanto eliminar físicamente los ejércitos enemigos como anular la voluntad de combatir en sus mandos (pues como decía su amigo y compañero de profecías sir Basil

---

<sup>16</sup> Uno de los puntos más polémicos de la obra de Fuller ha sido siempre precisamente su teoría de que primero los alemanes y luego los británicos desperdiciaron sendas ocasiones para lograr una sorpresa estratégica decisiva durante la Primera Guerra Mundial. En el caso de estos últimos, por no haber esperado a tener una masa crítica de carros que aplicar de forma decisiva en un solo punto del frente, y en el caso de los alemanes cuando no supieron aprovechar el *shock* que provocó en su enemigo el ataque en que usaron por vez primera gases tóxicos, pues al hacerlo aisladamente le dieron la oportunidad de contrarrestar ese tipo de guerra por el sencillo método de dotar a las unidades de máscaras antigás. Fuller, siempre irreverente, llega a decir que, contrariamente a la mala prensa que siempre tuvo la guerra química, si los alemanes hubieran aprovechado estratégicamente la sorpresa de su introducción, habrían ganado la guerra en 1915, con lo que se habrían salvado millones de vidas humanas (tesis sostenida en su obra *Armament and History*, Da Capo Press, 1998, en la que esboza el interesante principio del *constant tactical factor*; en virtud del cual todo avance en armamento tiende a ser contrarrestado por otro que lo neutraliza, por lo que cada vez que un nuevo invento es desarrollado, hay que aprovechar su factor sorpresa al máximo antes de dar tiempo al enemigo para preparar el antídoto que lo anule).

Liddell Hart: «Es en la mente de los generales donde se ganan o pierden las batallas»).

Todo esto puede parecer obvio hoy, cuando conocemos por la madre historia los efectos de la *Blitzkrieg* alemana en Francia en 1940, las rupturas mecanizadas de Patton más adelante en la Segunda Guerra Mundial, las correrías acorazadas de los israelíes en el Sinaí en 1967 o la maniobra de «Stormin' Norman» Schwarzkopf en la primera guerra del Golfo, pero en 1916 había que tener mucha imaginación —o una gran preparación militar o un conocimiento profundo de la historia o las tres cosas a la vez— para siquiera intuir esto. La dureza de la guerra que se estaba desarrollando, la estrechez de miras generalizada en los políticos y generales de la época, pero, sobre todo, la brutal primacía de la artillería con preparaciones de fuego de días y aun semanas enteras antes de lanzar una ofensiva, no ayudaban a entender como esos raros ingenios podían resolver la situación. Con la capacidad de trabajo que lo caracterizaba, J. F. C. Fuller —ascendido a teniente coronel en 1917— se puso a trabajar con ahínco en un ambicioso plan en el que reclamaba concentrar en su unidad todos los tanques disponibles para lanzarlos contra un solo punto, romper la primera línea de los *jerrys* y seguir a toda velocidad hasta sus líneas segunda, tercera y profunda retaguardia. Si bien el soldado alemán había perdido el miedo al monstruo —aunque la imagen de uno de esos carros viniéndose encima siempre debió ser imponente—, una ruptura con cientos, quizá miles, de tanques causaría el pánico no solo en la tropa, sino en los dirigentes político-militares que conducían la guerra... Claro que pronto descubriría que el enemigo de un plan así no eran los alemanes, sino su propia retaguardia y la War Office («Aunque los alemanes nos daban problemas, muchos más eran los que nos planteaban sir Douglas Haig y su Estado Mayor», dijo en sus memorias, parafraseando a Wellington, quien al referirse a los burócratas de despacho había suspirado: «Ojalá sean tan duros combatiendo ante el enemigo»).

### *Cambrai, noviembre de 1917*

Aun así, sin la magnitud por él apetecida y, por tanto, sin un carácter estratégico, el plan prosperó (al menos lo suficiente para lograr una concentración muy significativa que permitiera llamar la atención de su propio Alto Mando para convencerle de las enormes posibilidades de la nueva arma). Dejemos que sea su colega Liddell Hart quien nos cuente con su elegancia e ironía habituales lo que para él fue un *día decisivo en la historia del arte militar*:

El 19 de noviembre de 1917, las tropas alemanas del sector de Cambrai contemplaban con toda calma desde la seguridad de la superfortificada Línea Hindenburg la aparente normalidad de las líneas británicas enfrente. Los soldados se congratulaban no solo de la inexpugnabilidad de sus posiciones, sino de no estar ante el enfangado saliente de Iprés, donde los ingleses se obcecaban en lanzar asalto tras asalto. El 20 de noviembre, empero, 381 tanques, seguidos por una relativamente pequeña porción de infantería, se lanzaron contra ellos a la dudosa luz del alba, sin haber tenido siquiera la cortesía habitual de anunciar el ataque con la acostumbrada cortina artillera. Siempre buenos anfitriones, los alemanes hubieran preparado una adecuada recepción si hubieran sabido con cuatro o cinco *días de* cañoneo anticipador de la inesperada visita. El 21 de noviembre, las campanas de Londres repicaban en aclamación de un éxito que prefiguraba una victoria definitiva. Mientras, Ludendorff, consternado, preparaba instrucciones de emergencia para una retirada general. Ambos, las campanas y Ludendorff, se precipitaron, si bien fueron proféticos en relación con lo que vendría nueve meses después<sup>17</sup>.

Si el teórico lo contó así desde el lado inglés, veamos como lo narró el práctico por excelencia de las fuerzas acorazadas al otro lado de la colina, Heinz Guderian, abundando en la idea de que aquel día nació una nueva forma de guerra:

La ofensiva de Cambrai fue planeada sobre la base de sorprender al enemigo mediante el empleo de una masa de carros en terreno apropiado para ello. Todos los preparativos y transportes a la zona avanzada fueron enmascarados cuidadosamente y realizados en plazo muy restringido. Sin preparación de artillería, solo unas *ráfagas cortas* y violentas, los carros y la infantería emprendieron simultáneamente el ataque en todo el frente previsto. El ataque colmó todas las esperanzas [...]. Ni la caballería pudo seguir a los carros atacantes. Por ello y por el agotamiento de la infantería y de los tripulantes de los carros, el gran éxito inicial no pudo ser transformado en una gran ruptura [...]. El brillante éxito del contraataque alemán unos días más tarde borró la honda impresión producida por la derrota del 20 de noviembre. La infantería atacada por los carros

---

<sup>17</sup> Traducción libre del inicio del capítulo «The Tank surprise at Cambrai» de *History of the First World War* (en su edición de The Book Club Associates, Londres, 1973). En realidad sí hubo una cortina de fuego artillera previa al ataque, pero fue muy rápida y duró poco tiempo para preservar intacto el terreno que habrían de atravesar los carros. Otros autores dan una cifra diferente de carros empleados en el ataque, pero todos en torno a los cuatrocientos vehículos como mucho.

fue aniquilada: los combatientes que escaparon cayeron prisioneros. El Royal Tank Corps inglés del general Elles había cumplido brillantemente su cometido, dentro de la capacidad de rendimiento del material de entonces y de las tripulaciones de los carros (con 24 kilómetros de radio de acción y tres o cuatro de velocidad media, el carro Mark IV no podía emplearse más que en una sola acción y en el campo estrictamente de lo táctico). Pero ya se podía pensar en explotar estratégicamente el éxito alcanzado, siempre que a la penetración acorazada —mejorada en autonomía y velocidad— siguieran fuerzas motorizadas, que debían ser creadas. Entonces, uno no puede dejar de preguntarse qué sucedería si se asignara a fuerzas así objetivos más profundos: estados mayores en la retaguardia, depósitos, nudos de comunicación [...]. Las tropas acorazadas, por su condición de fuerzas de asalto, deberían en el futuro llevar el peso del combate<sup>18</sup>.

Conclusión que nos remite inevitablemente a la primavera *panzer* de 1940...

Como apuntan ambos autores, la batalla de Cambrai acabó concluyendo en tablas, por lo que el Alto Mando británico, que no se caracterizó por su altura de miras en la Grande, concluyó que el éxito inicial de los carros de combate no pasaba de la categoría de anécdota. Pero, recurriendo de nuevo al primero de ellos, la acción de Cambrai debió haber sido valorada precisamente por las operaciones iniciales, y no por el resultado final, previsible si la ruptura de los carros lograda aquel 20 de noviembre no era continuada por una explotación del éxito en condiciones, como así ocurrió. La realidad es que ese día, las tres brigadas del Tank Corps, sin preparación artillera previa de importancia (lo que hubiera puesto sobre aviso al enemigo y, lo que era peor, hubiera hecho el terreno impracticable para los carros), lograron una ruptura insólita para aquella guerra, profundizando varios kilómetros en la retaguardia enemiga, haciendo muchas bajas y prisioneros, y causando el pánico...<sup>19</sup>. A su cabeza, Hilda, el tanque de mando del general Elles, quien hacía realidad así su promesa de liderar el ataque (y quien, por cierto, había dado a los carristas británicos su legendaria bandera con los colores marrón, rojo y verde, en una mezcla que no

<sup>18</sup> GUDERIAN, Heinz: *Las tropas acorazadas y su cooperación con las otras armas*. Imprenta Aldecoa, Burgos, 1944.

<sup>19</sup> FULLER asegura en su *Tanks in the Great War*, que estudiaremos más adelante, que solo en ese día la penetración lograda por los tanques fue más profunda que la lograda en la tercera batalla de Iprés durante tres meses de sangrientos combates. Cifra en 8.000 los prisioneros realizados y en más de cien los cañones tomados al enemigo. Era la primera ocasión en la historia en que los carros llevaban el peso de una batalla.

tenía más significado que la falta de otras telas en el centro de intendencia de su cuerpo de ejército)<sup>20</sup>.

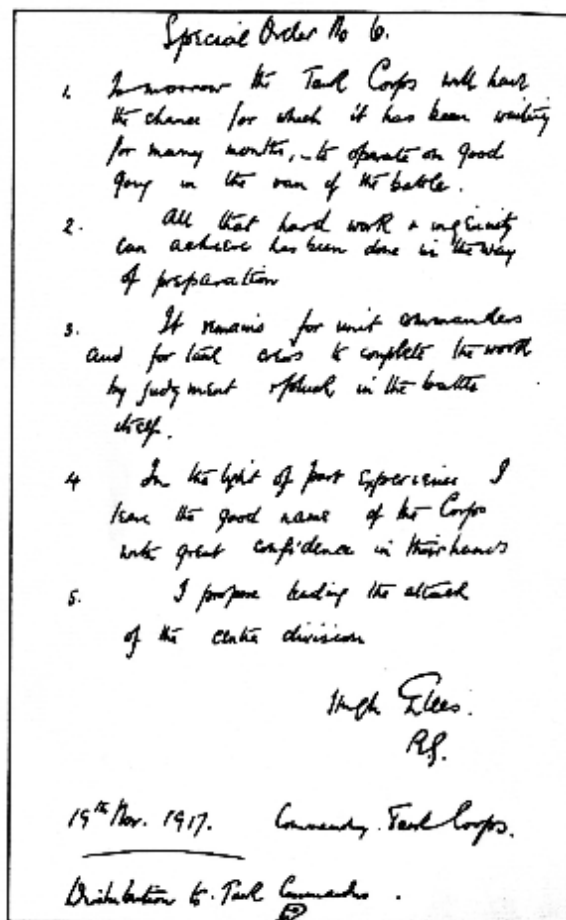


Figura 8. Orden de ataque, Cambrai noviembre de 1917. La Special Order No 6 firmada por el major-general Elles es un clásico en el Ejército británico: «Mañana el Tank Corps tendrá la oportunidad que ha estado esperando durante meses: marchar a la vanguardia de la batalla»

<sup>20</sup> El Royal Tank Regiment escogió este día del 20 de noviembre como su fiesta particular, que se celebra cada año. El Cambrai Day es realmente peculiar, con ese envidiable gusto británico por mantener las tradiciones: comienza con un desayuno servido por los oficiales y suboficiales a los soldados ¡en sus camas!, continúa con un servicio religioso, una comida de nuevo servida a la tropa por sus mandos, un encuentro deportivo y, finalmente, una fiesta común de confraternización.

Fuller, auténtico cerebro del éxito inicial de Cambrai, se lanzó a elaborar un proyecto *más ambicioso*, el Plan 1919, tendente a lograr una ruptura decisiva caso de prolongarse la guerra más allá del año 18, esta vez sí con carácter estratégico y bajo un lema: «La persecución es el dividendo de la victoria». Se tiende a pensar que el número de carros empleados en la Primera Guerra Mundial por los anglo-franceses fue relativamente escaso, pero en realidad se produjeron y emplearon centenares de unidades, por lo que el plan de Fuller hablaba de miles de tanques no solo para romper el frente, sino especializados y en escalones, con tropas transportadas que seguían a los carros de combate de vanguardia, vehículos de mando, de transmisiones, de zapadores, artillería autopropulsada, etc. Todo ello con una cooperación aérea de tipo táctico que favoreciera el avance y ayudara a proteger los flancos de una penetración profunda pero estrecha. Buen conocedor de la máquina que acababa de nacer, abogaba por un carro mucho más veloz, por tanto, menos mastodóntico que los conocidos, y dotado de un arma de tiro rápido con preferencia por los grandes calibres (carro que la industria británica ya estaba a punto de poder producir en cantidades en el Medium D Tank). Esto era la *Blitzkrieg* con veinte años de antelación, si bien quizá la técnica todavía no estaba a la altura de los sueños del visionario<sup>21</sup>. Y en este planteamiento estaba el jefe de Estado Mayor cuando le sorprendió el armisticio del 11 de noviembre...

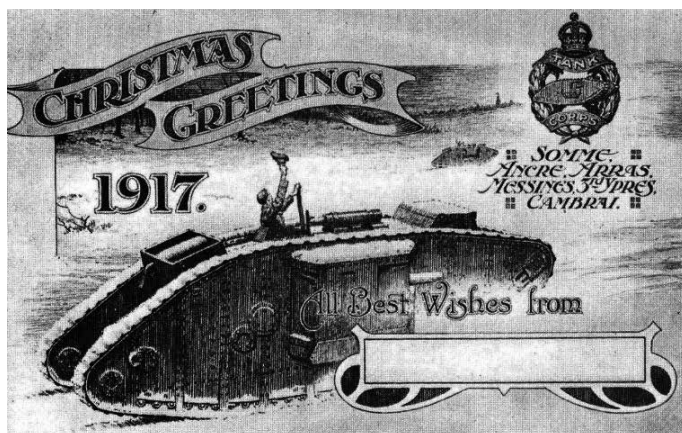
Unos meses después, Fuller volvía a casa con una clara conclusión: de julio a noviembre de 1916, el Ejército imperial había tenido 5.277 bajas por milla cuadrada ocupada; en el mismo período un año después, 8.222; y en el mismo período del último año de la guerra, solo 86: «Únicamente en el tercer período se usaron los carros con eficiencia»<sup>22</sup>. El Alto Estado Mayor Imperial no iba a sacar las mismas conclusiones, pero antes de enfrentarse en una lucha feroz a su propio Ejército, Fuller viviría un momento de gloria, su mejor hora: el día del Desfile de la Victoria en Londres, Boney, henchido de gloria, marchó a caballo al lado de su querido general y al frente de una simbólica formación de dos tenientes coroneles portadores de las banderas del Tank Corps que habían ondeado en Cambrai y en el paso del Rin, seguidos todos ellos de cuatro carros y 72 tripulantes<sup>23</sup>.

---

<sup>21</sup> Fuller manejaba ya en el plan apuntado el concepto de «parálisis estratégica»: «El objetivo principal del ataque es paralizar al mando enemigo y no solo a sus fuerzas combatientes, es decir, atacar a su cerebro y no a su cuerpo» (citado por Trythall en su biografía del autor, pág. 60).

<sup>22</sup> FULLER, John F. C.: *Máquinas de guerra* (traducida por el teniente coronel de caballería DEM don Gonzalo Fernández de Córdoba). Editorial Bibliográfica Española, Madrid, 1945, pág. 51.

<sup>23</sup> CHADWICK, Kenneth: *The Royal Tank Regiment* (con introducción del teniente general sir Brian Horrocks). Leo Cooper, Londres, 1970, pág. 32.



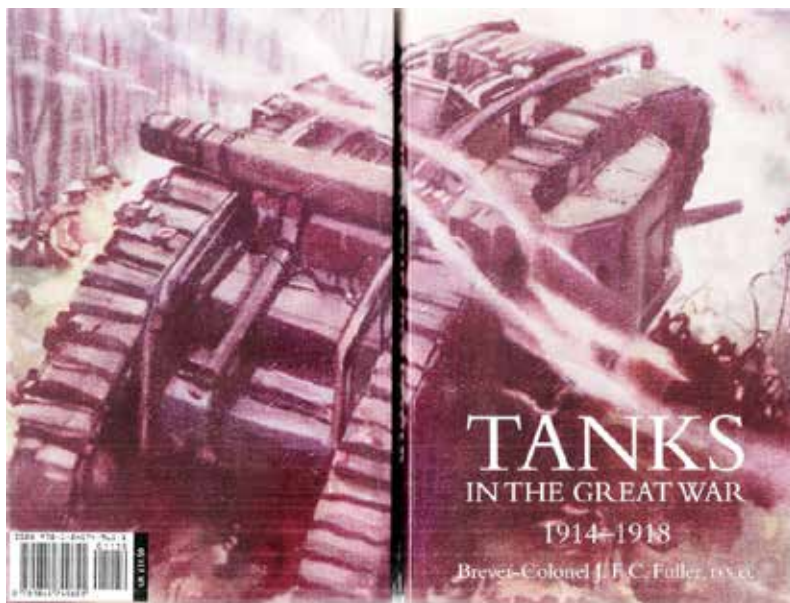
**Figura 9. Inglaterra jubila el carro de combate.**  
**La derrota enseña más que la victoria. Acabada la guerra, los tanques, inventados en Gran Bretaña, solo servirán de adorno para los parques de aquel país...**  
**(En la imagen, deliciosa tarjeta navideña del Cuerpo de Tanques)**

### *Volviendo a casa: Tanks in the World War*

Muchos años después, en pleno enojo con su país por no hacer caso de sus advertencias, Fuller escribió lo que sigue en su obra *Máquinas de guerra* a propósito del fin de las hostilidades: «Cuando se proclamó que la última guerra había terminado, yo comprendí que en realidad estaba todavía en su estado inicial, porque, por las circunstancias de la paz dictada, el armisticio del 11 de noviembre de 1918 fue en realidad agua de borrajas. La “paz” fue una pausa de la guerra, y nada más. Para mí esto era inevitable, pues no puedo concebir cómo es posible establecer una paz por otros medios que los de la negociación. Todas las paces anteriores fueron negociadas, pero esta de Versalles se firmó bajo el cañón de una pistola: no fue paz en absoluto, sino la exhibición de una estupidez política». El Fuller que esto escribía es ya plenamente el escritor que hoy conocemos, sin pelos en la lengua y contundente. En 1919, al regresar a Inglaterra, su tono sin embargo era todavía moderado, ignorante de las resistencias que iba su pensamiento a encontrar.

En parte espoleado por la urgencia de reflejar las enseñanzas aprendidas sobre la nueva arma, en parte llevado por ese ánimo de convencer a sus mandos de la necesidad imperiosa de crear un nuevo ejército sobre cadenas, efectivamente, Fuller se lanzó frenéticamente a escribir sobre ello en diversos medios, primero artículos exclusivamente de orden interno destinados a sus compañeros, luego ensayos más generalistas dirigidos también

a publicaciones civiles. Todos ellos irían dando forma a su *Tanks in the Great War*<sup>24</sup>, resumen de la historia de los tanques en la contienda pero, sobre todo, reflejo de su visión sobre la guerra futura tal y como la entendía en aquel momento. (Esta obra es muy importante en su producción como vamos a ver, especialmente porque marca el inicio definitivo de su carrera de escritor, que no abandonaría hasta su muerte; llegó a escribir *más de* cuarenta y cinco libros, todos ellos originales, con muy pocos «refritos» o compilaciones, profusamente documentados y llenos de erudición, alguno de ellos tan voluminoso como su *Batallas decisivas*... Todo un récord como producción literaria).



**Figura 10. *Tanks in the Great War*.**

**Ilustrativa portada y contra de la versión actual de *Tanks in the Great War*, en realidad una reimposición de la edición original de Murray y Dutton**

Leído hoy, casi cien años después, este tomo nos explica más del carácter de su autor que del asunto de la obra. Porque *Tanks in the Great War*

<sup>24</sup> Manejamos la actual edición de The Naval & Military Press, en realidad facsímil del original de 1920 (Murray, Londres). Su firma aparece como: *Brevet-Colonel J. F. C. Fuller, D. S. O. (Oxfordshire and Buckinghamshire Light Infantry)*. Libro que curiosamente goza de muy buena salud en la actualidad gracias a las impresiones bajo demanda de Internet.



es un documento histórico más significativo por todo lo que ocurrió después —el rearme alemán y la Segunda Guerra Mundial— que en sí mismo, pues está escrito al poco de acabar la contienda (1920), cuando no había distancia suficiente para escribir tan pronto sobre la historia de los recién llegados carros de combate (lo que no significa que no aporte valiosísimos documentos, fotografías y mapas, pues es una historia que el escritor había vivido en primera persona). En este primer Fuller escritor encontramos un estilo muy apaciguado en comparación con el látigo verbal que desplegará su prosa más adelante, si bien ya se intuye un cierto tono sarcástico en algunas apreciaciones, en especial cuando trata de aperebir a sus compañeros —el libro está escrito para el Ejército inglés, más concretamente, para sus altos mandos— de la importancia no solo de mantener el Tank Corps, sino de reforzarlo, aumentarlo y potenciarlo. No obstante, las críticas están muy suavizadas, quizá no tanto por miedo a enfrentarse a sus jefes (recordemos que es un militar en activo quien lo escribe, nada menos que un coronel de reconocido prestigio destinado en la War Office) como por considerar que lo que dice es tan obvio que no va a encontrar sino aliados en torno... La realidad le demostraría la falsedad del aserto, para su asombro, primero, desesperación, después, y franca rebeldía a lo último.

La dedicatoria de este su primer gran libro vale como resumen del mismo, además de reflejar el estado de pensamiento del Fuller que se inicia en el tratadismo militar, por lo que no nos resistimos a reproducirla íntegramente, traduciendo libremente del inglés pues es obra inédita en castellano:

#### DEDICATORIAS.

I. Dedico este libro a los modernos teóricos de la milicia, ese pequeño círculo de caballeros que, imbuidos de una gran idea, fueron capaces de sacrificar cualquier interés personal para diseñar una máquina destinada a revolucionar la ciencia de la guerra.

II. Dedico este libro a los modernos industriales de las fábricas británicas, esos hombres y mujeres de insobornable patriotismo e indomable fortaleza que produjeron en sus talleres un arma llamada a salvar la vida de muchos de sus compatriotas.

II. Dedico este libro a los modernos caballeros en sus armaduras, las tripulaciones del Cuerpo de Carros de Combate, esos oficiales, sub-oficiales y soldados que, con su gran valor y noble determinación, nos condujeron a la victoria y mantuvieron nuestra libertad. Toda una de-

claración de amor y admiración a los tres tipos de personas que más admiró Fuller en vida: los visionarios, los técnicos y los soldados. En la introducción, lanza un claro mensaje, profético: «El carro de combate no solo ha venido para quedarse, sino para revolucionar la guerra, e incluso yo, fervoroso entusiasta como soy del tanque, no dudo por un minuto que ni en mis más arriesgados sueños lo que predigo será realidad, sino que esta los superará, pues ha nacido una nueva forma de entender el arte de la guerra»<sup>25</sup>. Estaba claro que el autor que escribía esto ya veía en su cabeza los *panzers* y los T-34, incluso los modernos Abrams y «leopardos», saliéndose de la realidad que la técnica todavía en pañales mostraba, esos carros lentos y pesados más parecidos a dinosaurios que a vehículos militares... Pero la esencia ya estaba allí: movimiento, coraza y potencia de fuego. El reto estaba en contagiar esta visión a los militares de lo que J. F. C. llamaba «vieja escuela de las bayonetas y los sables», a la que dirige una suerte de advertencia al final de este más que curioso libro:

La superioridad de un animal sobre otro se basa en la fuerza bruta; la de un hombre sobre otro, en el cerebro. La nación con un cerebro superior está llamada a liderar el mundo y, mientras la guerra exista, el ejército con mejor cabeza (que es, por definición, el que mejor armamento tiene), conseguirá la victoria al menor coste posible. Nuestro Ejército de hoy debe dar un paso adelante, porque «*avanzar es conquistar*» [...]. No podemos volver a 1914, con sus fusiles y botas, sus sables y caballos, su barbarie «muscular»; debemos planificar y pensar, rasgar el velo del futuro, ver más allá y equiparnos de un nuevo cerebro y un nuevo cuerpo, llamados a conseguir de forma combinada el éxito con mínimas pérdidas. *El ideal de toda gran nación y, por tanto, de todo gran Ejército ha de ser prevenir la guerra y mantener la paz, y la guerra se puede evitar por medio de la ciencia, por el progreso y no por la regresión.*

Más claro, agua.

Equivocando por completo el espíritu de estos escritos, muchos compañeros de Fuller vieron en la radicalidad de su mensaje un ataque a las tradiciones —cuando no a los privilegios— de las distintas armas y cuerpos y adoptaron una a la larga suicida postura defensiva que buscó primero acallar y luego

---

<sup>25</sup> FULLER, John F. C.: *op. cit.*, «Introduction», pág. XVII.

apartar directamente a su autor del panorama militar británico<sup>26</sup>. Boney, ciertamente un hombre de carácter difícil, optó a su vez por radicalizarse aun más y por enfrentarse prácticamente solo a todo el *establishment*, con lo que su vida se convirtió durante las décadas de los años veinte y treinta en un pulso que tenía perdido de antemano, pues clamaba en el desierto de un Ejército que, exhausto por el supremo esfuerzo realizado, se había acomodado a una muy, muy frágil paz. Solo otro hombre en Inglaterra parecía entenderle...

*Basil Liddell Hart, algo más que un amigo*

Diría que usted y yo somos los únicos, que yo sepa, que hemos optado por la línea simple y obvia, y, por tanto, verdadera, de deducción, como Clausewitz: todo en la guerra es muy simple, pero la cosa más simple es siempre difícil<sup>27</sup>.

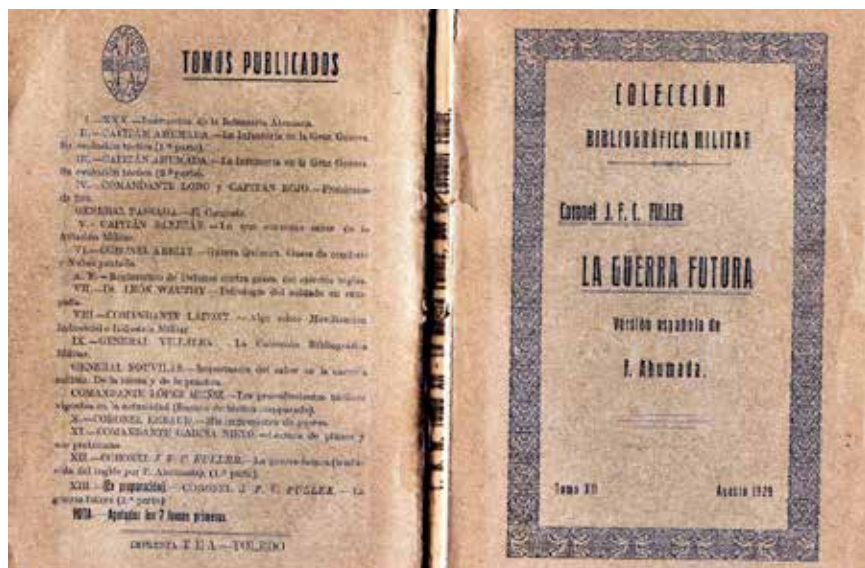
Si venimos en este ensayo constantemente refiriéndonos a sir Basil Liddell Hart es porque las vidas y las obras de los dos pensadores militares británicos más grandes del siglo xx no pueden ser entendidas de forma separada. Y no solo porque ambos vaticinaron la nueva guerra sobre cadenas que estaba por venir —hasta el punto de que sus más aventajados discípulos (ya se sabe, los generales alemanes: Guderian, Manstein, Thoma...) hablaban de «las teorías de Fuller-Hart» sin distinción, haciendo patente la comunión indisoluble de sus ideas—, sino porque, mucho más allá de ello, sus producciones se contagiaron mutuamente, por no decir sus vidas, que discurrieron paralelas en sus trances más brillantes pero también más amargos. Así, por ejemplo, la idea del *Expanding Torrent*<sup>28</sup> o la estrategia de la aproximación indirecta de Liddell no pueden ser concebidas sin las aportaciones de Fuller, como no se puede comprender el giro que dio este hacia la historia ni sus páginas más filosóficas sin la influencia de aquel, siempre más cauto en lo personal y más preocupado por el estilo en lo literario (significativamente,

<sup>26</sup> El libro fue sin embargo aplaudido por la prensa civil, en especial por el *Daily Mail* y el *Observer*.

<sup>27</sup> Carta de L. H. a Fuller al inicio de su relación citada por DANCHEV, Alex: *Alchemist of War. The life of Basil Liddell Hart*. Phoenix Giant, Londres, 1998, pág. 98.

<sup>28</sup> Según Hart, cuando se consigue la ruptura del frente enemigo, todos los esfuerzos propios han de concentrarse en ese punto para buscar una ruptura que profundice en territorio enemigo, como hacen las aguas de un torrente en expansión cuando encuentran la línea de menor resistencia. Esta idea recuerda enormemente a las de Fuller, quien ya había hablado en uno de sus primeros y polémicos artículos sobre la idea de que los caballos de carreras no se detienen en la línea de meta, abogando por una explotación del éxito tan profunda como fuere posible una vez lograda la brecha.

Fuller, de forma cariñosa, lo llamaba «Basil el prudente»). Pero vayamos por partes...



**Figura 11. *La guerra futura*. Portada y contra de la edición española de *On Future War*, literalmente *De [o] Sobre la guerra futura* (el clásico de Clausewitz se titula en inglés *On War*, por lo que Fuller buscaba con su título sin duda alguna un paralelo con la «biblia» prusiana). Nótese el logo de la *cpñeccoçpñ Bibliográfica Militar*, con las iniciales de sus creadores, Emilio Alamán y Vicente Rojo**

Los biógrafos de ambos nos informan de que en junio de 1920 J. F. C. Fuller y Basil H. Liddel Hart se conocieron y, desde entonces, entablaron una fructífera relación profesional —más bien diálogo teórico a través de sus escritos— y luego una amistad con altibajos que se mantendría, con muchas intermitencias, hasta el fin de sus días<sup>29</sup>. Hay que decir que esa relación, básicamente epistolar, tuvo muchos encuentros personales, pero nunca coordinaron sus escritos, ni los periodísticos cuando estaban fustigando a su Ejército para hacerle ver el peligro que corría Inglaterra de no modernizarse, ni los de corte

<sup>29</sup> Hay quien ha puesto en duda esta amistad al juzgarla solo por sus momentos bajos. Si sus obras, leídas hoy, rezuman respeto recíproco al estar trufadas de jugosas referencias mutuas, en lo personal baste decir que J. F. C. Fuller fue nombrado padrino de Adrian, el hijo de Liddell Hart, lo que demuestra la estrecha unión que ambos mantenían por esas fechas. Más adelante, cuando Liddell Hart escribió sus memorias no dudó en calificar la relación de «íntima asociación y larga amistad», refiriéndose a Fuller en varias ocasiones como su maestro (*Memorias de un cronista militar*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1973).

literario, cuando ambos se adentraron en las aguas mayores primero de la alta estrategia, después de la historia como madre de todas las enseñanzas y, por último, del tratadismo militar, que llevaron al par a cotas filosóficas alcanzadas en esta esfera solo por los más grandes: Clausewitz, Jomini, Villamartín.

El hecho cierto es que, cuando nuestro protagonista se lanza a escribir la trilogía que definitivamente lo enfrentará al sistema —*The Reformation of War* (1923), *The Foundations of the Science of War* (1926) y *On Future War* (1928)—<sup>30</sup>, su amistad con Liddell Hart iba viento en popa, así como su respeto en lo profesional, pues Fuller, habiendo descubierto un pupilo digno de su confianza, no solo se carteaba con él, sino que le daba a leer sus manuscritos, permitiéndole opinar libremente sobre ellos y aceptando de buen grado sus sugerencias. Esto selló el destino común de ambos hombres, de forma que cuando Liddell Hart fue dado de baja en el Ejército por problemas de salud en 1924, Fuller vio en ello una maniobra del Alto Mando para apartar a un cronista demasiado molesto por decir las verdades como eran, lo mismo que le iba a suceder a él algún tiempo después: «Lamento mucho lo que he oído sobre su destino, pero lo considero inevitable [...]. El pretexto es su salud: el motivo real es que sea usted escritor. Lo están decapitando y a mí me estrangularán lentamente» (citado por GÁRATE DE CÓRDOBA, José María en su artículo «Tratadistas militares», en *Revista Ejército*, n.º 379, agosto de 1971).

Pero repasemos esas obras antedichas. Si en *The Reformation of War* los juicios de Fuller se van llenando de consideraciones psicológicas y filosóficas —«La guerra es el dios de la destrucción creativa»—, sin duda una clara influencia de su paso por la India y sus estudios sobre el ocultismo, en *The Foundations* lo que trata es de establecer las bases de una ciencia de la guerra, algo que deja muy claro en la introducción:

La guerra es una ciencia como cualquier otra actividad; primero hay que analizar los hechos, clasificarlos y construir teorías, para luego resolver los problemas militares que se planteen [...]. En cierta manera, y en mi modestia, estoy tratando de hacer lo que Copérnico hizo por la Astronomía, Newton para la Física y Darwin en la Historia Natural [...]. La guerra debe ser reducida a una ciencia antes de que pueda ser practicada correctamente como un arte.

<sup>30</sup> Como curiosidad, diremos que entre tanto publicó también un curioso libro sobre Yoga, *Yoga: A Study of the Mystical Philosophy of the Brahmins and Buddhists* (Rider, Londres, 1925), que se sigue reditando en la India. De *On Future war* hay traducción española abreviada en dos tomitos debida a F. Ahumada con el título *La guerra futura* y aparecida como los números XII y XIII de la Colección Bibliográfica Militar, Toledo, 1929.

Por este libro fue apercibido directamente por el jefe del Estado Mayor Imperial, quien le dijo que no quería que sus oficiales publicaran obras que pudieran contradecir los manuales reglamentarios: «En este pequeño incidente, más que en ningún otro, supe que había perdido definitivamente al Ejército»<sup>31</sup>.

Esboza ya aquí sus famosos nueve principios que hoy se siguen estudiando en las academias militares y las escuelas de negocio (con nombres a veces diferentes, pues el autor fue retocándolos a lo largo de su vida): dirección, determinación y movilidad, concentración, sorpresa y acción ofensiva, economía de fuerzas, resistencia y seguridad<sup>32</sup>. Para los que sigan pensando que la obra de Fuller es belicista, todos sus principios se condensan en uno: *The less the loss, the greater the victory* («Cuanto menor la pérdida, mayor la victoria»). Pues, como Liddell Hart, Fuller siempre sostuvo que el mejor general es el que consigue anular la voluntad de luchar de su oponente de la forma más efectiva, rápida y menos costosa posible, con las menores pérdidas no solo para su propio bando sino también para el contrario «y para el mundo en sentido amplio». Esta idea de limitar las guerras será una constante en su obra, de ahí su odio a la Primera Guerra Mundial por haber concluido con una paz completamente injusta, pero también a la segunda por haber sido planteada como una guerra total con una única salida: la rendición incondicional. Porque el objetivo de toda guerra es conseguir una paz más perfecta, frase que bien podría valer de resumen de la «filosofía Fuller-Hart».

Y en el prefacio a su *On Future War*, ya en 1928, asediado por unos mandos cada vez más beligerantes en contra de él y sus teorías, el tono del maestro suena ya como un grito desesperado (citamos de la traducción española mencionada):

Comprendo el espíritu religioso, el espíritu conquistador, el espíritu mercenario. Concibo que un hombre deteste la guerra, que de ellas se gloríe, que la considere como un buen negocio. Pero es inexplicable para mí que exista quien desee repetir la contienda última, *horrible espectáculo que, a no haber de por medio el heroísmo de sus millones de combatientes, hubiera sido superlativamente bestial* [...]. Tragedia que ha dado

<sup>31</sup> Citado por URBAN, Mark: *Generals (Ten British Commanders Who Shaped the World)*. Faber and Faber, Londres, 2005, pág. 257.

<sup>32</sup> El CEO de la multinacional del transporte FedEx, Frederick W. Smith, dijo: «Nunca hubiera podido hacer lo que hice en FedEx si no hubiera servido en los Marines», cuerpo que emplea prácticamente sin alterarlos esos nueve principios de Fuller (AA. VV.: *The Marine Corps Way (Using Manoeuver Warfare to Lead a Winning Organization)*. McGraw-Hill, Nueva York, 2004, pág. XI).

lugar a una tragedia mayor: ¿qué enseñanza nos ha proporcionado? Si mañana un nuevo conflicto militar estallara sobre el mundo, sería la Gran Guerra otra vez, con sus trincheras, con sus alambradas, con su lodo, pues los ejércitos de hoy son aún los ejércitos de 1914: masas de hombres incapaces de afrontar el fuego, pero que pueden lanzar un número de proyectiles tan abrumador que el arte de la guerra fenece entre la matanza y ruina universales. Y, sin embargo, todo esto puede eludirse mediante unos centímetros de acero [...]. *Unos centímetros de acero que anulen a unos gramos de plomo, lo que no aboliría la guerra, pero afinaría su tosquedad, haría de nuevo a la ofensiva más fuerte que la defensiva, restablecería la guerra como arte, exaltaría el espíritu sobre la materia* [...]. La guerra mecanizada ha sido mi empeño desde 1916, pero hoy seguimos teniendo un ejército de infantería, ¿llegaremos a tiempo para mitigar el desastre? *La pérdida de dinero no importa gran cosa, pero es horrible la innecesaria pérdida de vidas.*

Sería sin embargo en las conclusiones de tres libros menos ambiciosos en los que lanzaría sendos dardos contra la «vieja escuela», que le granjearían su enemistad radical y definitiva y acabarían por condenarle a un ostracismo de feas repercusiones personales. «Nunca nos dejemos hipnotizar por las tradiciones; seamos críticos con nosotros mismos; atrevámonos a experimentar y a explorar» (en *Sir John Moore's System of Training*, Hutchinson, 1924); «Ahora, desde el presente, miremos sin miedo al futuro, porque a menos que la historia nos enseñe cómo vislumbrar el porvenir, la historia de las guerras no será más que un sangriento romance [...]. Hoy debemos definir nuevas tácticas, las tácticas de los vehículos acorazados. Estas nuevas tácticas demandarán una nueva disciplina, nuevos métodos, nuevos ejércitos [...]. *El hecho cierto es que un cambio va a tener lugar, y el ejército que antes se atreva a hacerlo se alzaría con la victoria*» (en *British Light Infantry in the Eighteen Century*, Hutchinson, 1925); pero, sobre todo, el último párrafo de un libro cuyo expresivo título, como bien dice nuestro gran Fernando de Salas en su *Literatura militar*, ahorra cualquier comentario: *Generalship, its Diseases and their Cure* (Faber, 1933), algo así como *El Generalato: sus dolencias y curación*. Y es este:

Nuestros oficiales superiores, cualquiera que sea su rango, han de volver a compartir peligros y sacrificios con sus hombres, no como han hecho los generales de la última guerra. Por nuestra situación geográfica, debemos ser una nación de comerciantes pero, ¡acaso no somos también una nación de líderes! Miren al mapa y verán que cada frontera

marcada en rojo ha sido conquistada por una banda de hombres valientes guiados por unos jefes que renunciaron decididamente a la idea de no compartir todo riesgo y fatiga con ellos. Esta es la forma británica de hacer la guerra: rechazamos la idea del generalato que se nos ofrece hoy día y volvamos a la vieja tradición de siempre, en virtud de la cual *todo jefe, por muy elevada que sea su posición en el escalafón, no deja de ser en mente, cuerpo y alma un SOLDADO.*

Muchos se dieron por aludidos...

### 3. DE TIDWORTH A BERLÍN (PASANDO POR ARAGÓN): LA FORJA DE UN HISTORIADOR

#### *El "affaire" Tidworh*

El 20 de abril de 1939, Adolfo Hitler, para celebrar su quincuagésimo cumpleaños, organizó unos fastos en los que un gran desfile militar que mostraba su poderío constituía el amenazador fin de fiesta con que el *Führer* mandaba su macabro aviso al mundo. De entre todas las personalidades y países invitados, solo dos británicos se atrevieron a aceptar el saludo: lord Brocket, abogado y acaudalado magnate de cierta influencia en su país, y el *major-general* (retirado) John Charles Frederick Fuller, lo que causó gran irritación en la prensa de su país y en los círculos militares y diplomáticos anglosajones (la Foreign Office le pidió que no acudiera). Cuando acabó el desfile, Hitler, alardeando de su ejército mecanizado, le dijo: «Espero que haya disfrutado con sus hijos», a lo que Fuller contestó: «Su excelencia, han crecido tan rápido que ya no los reconozco»<sup>33</sup>. ¿Qué había ocurrido en la cabeza de aquel militar de gran prestigio, con un patriotismo fuera de dudas acrisolado en dos duras guerras como la de los Bóers y la Grande, para flirtear de manera tan arriesgada y ostentosa con el futuro enemigo?

Pero retrocedamos hasta 1926... A pesar de las críticas a sus obras y artículos y de seguir despertando envidias, Fuller, entonces coronel a sus 47 años, gozaba todavía en aquellas fechas de gran prestigio tanto dentro como fuera de sus fronteras como pensador militar. Gracias a las finas artes de

<sup>33</sup> Citado por varios autores, como Max BOOT en *War made new*. Gotham Books, Nueva York, 2006; Mark URBAN en su *Generals*. Faber and Faber, Londres, 2005; o Anthony John TRYTHALL en la biografía de Fuller que venimos citando desde el inicio de este artículo.





**Figura 12. Años oscuros.** El 20 de abril de 1939 Hitler celebró su quincuagésimo cumpleaños con un famoso desfile en el que hizo alarde especialmente de sus divisiones panzer y de su Luftwaffe, en un claro desafío al resto del mundo. Solo dos británicos acudieron a esta «fiesta»: uno de ellos era J. F. C. Fuller

Liddell Hart, que por entonces se movía ya fuera del Ejército abogando por la modernización pero con mucha influencia en las camarillas castrenses, Fuller —por entonces instructor del Staff College— fue nombrado ayudante del jefe del Estado Mayor Imperial, el general Milne, militar no tan fanático de los cambios como ambos pensadores, pero al menos a favor de la maniobra y lejos de los círculos más recalcitrantemente conservadores, que esperaban el momento para apartar definitivamente a Boney. Milne y Fuller comenzaron a pergeñar un plan para poner en pie una fuerza enteramente mecanizada, el sueño de nuestro autor desde el final de la Grande... Fuller pensaba en utilizar esta fuerza como espejo y embrión del nuevo ejército que tenía en mente, por lo que enseguida se puso a trabajar para conseguir agrupar bajo el paraguas de esa unidad en principio un batallón de carros de combate, un par de batallones de infantería mecanizada, varios escuadrones de caballería motorizados y baterías de artillería autopropulsada. La correspondencia que mantenía con Liddell Hart demuestra el entusiasmo de ambos por ver como, al fin, sus sueños comenzaban a hacerse realidad...

Derrochando toda su colosal energía estaba el coronel Fuller cuando, de un día para otro, sin previo aviso, el general Milne le espetó que le iba a destinar a la India, frenando de golpe la constitución de la fuerza mecanizada y desconcertando a nuestro autor, quien no tuvo más remedio que aceptar. Los

autores que han estudiado el asunto piensan que Milne, preocupado por que el Royal Tank Corps fagocitase al Ejército, estaba claramente presionado por los generales de la vieja escuela, quienes consideraban que Fuller estaba cruzando en las críticas de sus obras la raya de la deslealtad. Otros, sin embargo, ven en la maniobra la confianza que Milne tenía en Fuller, pues el Ejército británico en la India era entonces la joya de la corona. A regañadientes, aun contento en lo personal por volver a esa tierra a la que tanto quiso, el coronel Fuller marchó a su nuevo destino, donde siguió escribiendo artículos en pro de sus «tanques». Pero en diciembre de ese año volvió a ser llamado a la metrópoli, ya no para organizar la fuerza mecanizada, sino para mandarla... Pronto descubriría que todo se trataba de una especie de engaño.



**Figura 13. El coronel Fuller.** Nombrado a sus 47 años ayudante del jefe del Estado Mayor Imperial, Fuller tuvo la última ocasión de imponer sus teorías modernizadoras desde dentro del Ejército. Mientras, parece mirar al futuro con inquietud (nótese su firma autógrafa abajo a la izquierda en la foto)

Correlli Barnett, historiador militar inglés de reconocido prestigio, es el que mejor ha resumido este conflicto que se fue agriando con el paso del tiempo hasta llegar al duro desencuentro en que se convirtió:

Fuller y Liddell Hart, que habían sufrido lo peor de la Primera Guerra Mundial en sus carnes, emergieron en la posguerra como profetas del cambio. Primero intentaron cambiar el Ejército desde dentro [...]. Fuller, el mayor de ambos, fue el más beligerante en la década de los veinte. Con persistencia polémica, cuando no violenta, llamó la atención al Ejército en sus libros y artículos de que los días del caballo habían llegado a su fin, y que en el futuro todo se basaría en los vehículos a motor. Esta idea, en un cuerpo de oficiales forjado en el polo y la caza, no era bienvenida, y el lenguaje hiriente en que se expresaba era de todo punto inaceptable. Fuller se topó así de bruces contra un amargo muro [...]. Todo el que abogaba por la modernización en esos términos pasó, inmediatamente, a ser sospechoso a los ojos del alto mando. Por desgracia, todo por lo que tan apasionadamente habían luchado Fuller, Liddell Hart y pocos más fue recibido con fruición por la Alemania nazi. Otra advertencia no escuchada de Fuller y Liddell Hart fue que una de las lecciones más importantes de la Gran Guerra era que Gran Bretaña nunca más debía comprometer un ejército de conscriptos en Europa, sino mantener un ejército pequeño pero poderoso que pudiera ser desembarcado por la Royal Navy para golpear en el lugar menos esperado, en la vieja tradición del país<sup>34</sup>.

Llegamos así a lo que los biógrafos de Fuller llaman el *affaire* Tidworth. Tidworth para el Ejército británico del siglo pasado es un nombre lleno de reminiscencias, como Aldershot, por haber sido sus llanuras escenario de muchas maniobras para sus unidades, una especie de san Gregorio en la campaña inglesa. Cuando Fuller llegó a Tidworth se llevó tres desagradables sorpresas: la primera fue que la fuerza mecanizada, ahora llamada «experimental» —algo que ya de por sí le molestaba al considerar que ya se había experimentado bastante en la Grande—, se iba a alimentar única y exclusivamente de una VII Brigada de Infantería; la segunda es que los «blindados» asignados no eran sino un montón de chatarra, en su mayoría vehículos de ruedas eminentemente ligeros acompañados de unos pocos carros de extraña factura; tercero y más grave, no se atisbaba en el horizonte posibilidad de asignación de mejores medios, por lo que el viejo zorro intuía que todo era una maniobra para acallar a los «revolucionarios» de la guerra moderna. Considerándolo un insulto a su inteligencia y a todo el esfuerzo realizado durante años, Fuller elaboró una contrapropuesta al alto Estado Mayor, cuyo jefe, sin mediar palabra, le respondió: «No sea idiota», haciendo patente que la postura del Ejército era un «lo tomas o lo dejas» definitivo.

<sup>34</sup> BARNETT, Correlli: *Britain and her Army (1509-1979). A Military, Political and Social Survey*. Penguin Books, Middlesex, 1974, pp. 412 y ss.

Fuller renunció entonces al mando y todo el Ejército lo consideró un acto de soberbia que demostraba su intratable carácter. Sus enemigos de la vieja escuela aprovecharon para calificarlo de desleal, el resto de compañeros no pudo comprender que alguien rechazase el mando de una brigada e incluso su íntimo colaborador y amigo Liddell Hart le afeó la conducta, pues para los pocos teóricos que estaban luchando por la modernización de las fuerzas de Albión era mejor esa pacata propuesta que nada...



**Figura 14. El “affaire” Tidworth. Cuando Fuller fue nombrado jefe de la Fuerza Experimental sita en Tidworth, lo que encontró debió parecerle un chiste. Nadie podía hacer una «guerra relámpago» con aquellos vehículos que parecían de juguete (foto de unas maniobras de esta fuerza del período de entreguerras, extraída de la publicación oficial *The Mechaised Army in Action*, publicada por la War Office)**

Por entender un poco mejor este incidente, veamos lo que dejó escrito sin embargo este último en sus memorias al rememorar años después el incidente:

En la carta en que se le comunicaba el mando de una fuerza experimental se le anunciaba su nombramiento como jefe de la VII Brigada de Infantería en Tidworth. Al preguntar él qué significaba eso, se le contestó que, como la fuerza mecanizada era una mera formación temporal, por experimentar, era necesario adscribir su nombramiento para poder mandarla a una formación y mando permanentes. Pero ello entrañaba

un desdoblamiento de su interés y de su tiempo, al tener que dedicarlos no solo al mando de la brigada, sino también a la guarnición de Tidworth, con todos sus detalles administrativos, y no poder concentrarse en la tarea experimental, de tan vital importancia [...]. Intentó conseguir por todos medios que se le relevase de las responsabilidades de la guarnición, pero semana tras semana me relataba con pesadumbre que no había logrado sus propósitos [...]. [Tras hacer una contrapropuesta que fue desoída] Fuller fue a su despacho y redactó su dimisión; *su carta tuvo gran efecto, tanto mayor cuanto que era rara una dimisión por motivo de principios*<sup>35</sup>.

Después nos informa de que la fuerza fue puesta en manos de un buen oficial de infantería carente de toda experiencia mecanizada y de que, a pesar de las promesas realizadas a los defensores de la nueva escuela, el experimento se iba a hacer sobre unas bases «fragmentarias y mal definidas». Efectivamente, poco después, en el otoño de 1928 la fuerza fue disuelta<sup>36</sup>.

Con la ventaja que nos da el conocer el desarrollo posterior de la historia, podemos comprender la enorme irritación de Fuller, quien veía claramente que todo era una jugada temporizadora para acallar las voces reformistas, un parche más sin un ánimo decidido de cambiar de arriba abajo el Ejército, como los nuevos tiempos demandaban, lo que sus enemigos alemanes demostrarían en la siguiente década para desgracia de Inglaterra. Si bien su carácter cada vez más irascible no ayudaba a atemperar los ánimos, Fuller fue condenado a un ostracismo cada vez más ominoso y se lo ninguneó con destinos de ninguna importancia<sup>37</sup>. Cuando en 1933 el ultraconservador de la «vieja escuela» general Archibald Montgomery-Massingberd fue nombrado jefe del Estado Mayor General, el destino de Fuller quedó sellado, pues aquel le odiaba profundamente y había tratado incluso de prohibir, o al menos restringir, los artículos y libros del autor. El 13 de diciembre de aquel año Fuller pasó a la situación de retirado, después de haber estado tres años sin destino desde su ascenso a general de división: «Más que una pérdida deplorable de talento, fue relegar a un genio», dijo su amigo Basil.

<sup>35</sup> LIDDELL HART; Basil: *Memorias de un cronista militar*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1973, pág. 82 y ss.

<sup>36</sup> Lo que provocó la sorna del embajador ruso Maisky, quien dijo: «Los ingleses tienen un claro instinto para la guerra en el mar, pero no parecen comprender la guerra terrestre» (*op. cit.*, pág. 156)

<sup>37</sup> Sin perder el muy cáustico sentido del humor que caracterizó sus escritos, cuando fue destinado a un puesto burocrático en la War Office escribió a su amigo Liddell Hart una carta en la que le decía: «Me encanta este monasterio, es tan tranquilo y absurdo».

Pero si la década de los veinte había sido difícil para él, la de los treinta iba a ser mucho más complicada, como para el entero mundo.



Figura 15. *Fuller solo.*

**Cuando en 1933 llegó a la cúspide del poder militar británico el general Montgomery-Massingberd, su enemigo declarado, Fuller, completamente solo, comprendió que su destino estaba sellado en el Ejército. Ya solo le quedaban los libros...**

### *Años oscuros*

En 1927 un escritor de temática militar conocido como A. Rifleman (en realidad, Victor Wallace Germain) publicó un libro, sin duda patrocinado por los generales más reacios a los cambios en la milicia, llamado *The 'Mechanization' of War* (Sifton Praed, Londres; nótese las comillas en la palabra «mecanización»). La obra trataba de desmontar punto por punto todos los asertos sobre los que Fuller había basado sus teorías y constituía un ataque tan pueril como irresponsable, basado en premisas como las siguientes: la guerra no podía ser considerada como una ciencia, sino a lo sumo como una mera técnica; los tanques no habían desempeñado un papel decisivo en la Primera Guerra Mundial y, por ende, no lo habrían de desempeñar en el futuro sino como mero acompañamiento a la infantería; la mecanización del Ejército solo había de servir para transportar a los soldados al frente, pues al final grandes masas de concriptos era lo que se necesitaba para volver a ganar cualquier guerra. Si hemos dicho que el ataque era pueril—el libro no tiene ni de lejos el fundamento histórico-científico de cualquier obra de Fuller— e irresponsable es porque en este libelo y otros similares<sup>38</sup> se iba a basar el Alto Mando inglés para desmontar las teorías de unos visionarios caídos en desgracia y, lo que era peor, para mantener una obsoleta estructura militar en un sueño de irrealidad del que solo el puñetazo *panzer* de 1940 los despertaría...

<sup>38</sup> Un oficial de caballería llamado H. V. S. CHARRINGTON publicaba por entonces otro libro llamado *Where Cavalry Stands To-Day*, otro ataque directo contra el maestro en forma de un trasnochado alegato a favor de una caballería que no había de volver a ser como se había entendido hasta entonces.

En lo personal, este es el ambiente en que se encuentra John Fredercik Charles Fuller a finales de la década de los años veinte y primeros treinta: atacado en sus teorías por la escuela de los políticamente correctos de entonces, postergado en lo militar<sup>39</sup>, abandonado de todos (su amistad con Liddell Hart había entrado en una época de franca recesión, en parte por lo que dijimos arriba, en parte también por celos entre escritores y quién sabe también si por problemas personales, pues sus respectivas esposas tuvieron por aquella época una fuerte discusión; no olvidemos que la mujer de Fuller era al parecer de muy difícil trato, a juzgar por los testimonios directos recogidos por los biógrafos del autor). Por ello, Boney se refugió en su escritura, tanto para complementar su pensión

(fichó como articulista por el *Evening Standard*, el *Daily Mail*, *Daily Mirror* y otros) como para olvidar sus penas... Desde dichas tribunas continuó la lucha por la modernización de su Ejército, con un tono ya claramente beligerante en contra de los políticos y sus antiguos compañeros de armas; un repaso a los títulos de sus artículos en esa época nos da claramente la medida de su estado de ánimo: «We Need One Brain for Our Fighting Forces» (Necesitamos un cerebro para nuestras fuerzas armadas); «Playing at Soldiers» (Jugando a los soldaditos); «Let us Rearm Wisely and Save Money» (Rearmémonos *inteligentemente* y *ahorremos* dinero); «Too Many Old Men in the Army» (Demasiados viejos en el Ejército)...

Pero la auténtica última batalla en pro de sus ideas la iba a dar en un resbaladizo y polémico terreno. A mediados del año 1934, un Fuller recién



**Figura 16. ¿Fuller fascista? Cuando Fuller se aproximó a la British Union de Mosley, el fascismo era un movimiento en alza y bien considerado incluso entre las democracias occidentales. El general quiso emplear ese partido como plataforma para conseguir la modernización del Ejército que tanto soñaba (caricatura del autor para la revista *Action*)**

<sup>39</sup> A pesar de haber sido ascendido en 1930 a *major-general*, el último destino «serio» que le ofrecieron en 1931 fue mandar en Bombay una extraña agrupación consistente en dos baterías y un batallón de infantería, un destierro en toda regla para una personalidad como la suya. Fuller dice en sus memorias que «era el peor mando que me podían ofrecer, y me lo ofrecieron como un insulto».

retirado, pero en cierta medida en lo más alto de su carrera como polemista y muy dolido por el trato recibido en su querido Ejército, conoció a sir Oswald Mosley, dirigente de la British Union of Fascists. Para juzgar o, simplemente, para narrar esta parte de la biografía de nuestro personaje, podemos tomar dos aproximaciones: una de ellas es hacerlo a sabiendas de todo lo que ocurrió después tanto en su vida como en el mundo; la otra, que creemos que es más honrada intelectualmente y más ecuánime para valorar sus decisiones en cada momento, es hacerlo tratando de viajar en el tiempo e ir dando con él paulatinamente los pasos que lo llevaron a cada circunstancia vital. Así, lo primero que habría que decir es que, en el año 1934, el fascismo, como su polo opuesto, el comunismo, gozaba no solo de un aura de romanticismo en prácticamente todo el mundo, sino que incluso eran movimientos aplaudidos y, en cierta manera, envidiados incluso en países tan arraigadamente democráticos como la Gran Bretaña (recordemos a Churchill aclamando sinceramente a Mussolini o la fascinación de una América deprimida por los planes quinquenales de Stalin). Además, el mundo del año 1934 era un mundo conmocionado por una crisis económica sin precedentes y profundamente ideologizado, donde movimientos de todo tipo tenían cabida; los peores crímenes de ambos regímenes estaban por venir (y, aun cuando vinieron, todavía gozaron del beneficio de la duda, especialmente en el caso de la Unión Soviética).

La British Union of Fascists, por tanto, era un movimiento que gozaba de un discreto predicamento —se habla de cincuenta mil miembros en un momento dado, quién sabe cuántos más simpatizantes—, incluso de prestigio entre ciertos círculos intelectualoides británicos. Su fundador, sir Oswald Ernard Mosley, de muy buena familia, herido de guerra, brillante orador y hábil político, había recorrido todo el arco parlamentario, desde posiciones conservadoras al ala más radical del laborismo, buscando soluciones para la clase obrera inglesa lejos del comunismo, su bestia negra. Su modelo, sin duda, fue el fascismo de Mussolini, por supuesto en aquel entonces mucho más exportable y prestigiado que el nazismo claramente antisemita de Hitler (si bien Mosley fue radicalizándose y cayendo en la esfera de este último a medida que se acercaba el estallido de la Segunda Guerra Mundial). Este es el entorno en el que hay que entender el acercamiento de Fuller a la BUF: un hombre dolido que no ha podido realizar su sueño desde dentro —un sueño por el bien de su país, no lo olvidemos—, atraído por un movimiento autoritario que abogaba por una democracia corporativa al estilo de una Italia entonces modelo de economía vibrante en todo el mundo. Si la modernización del Ejército podía venir por ahí, entonces Fuller bien podía hacerse «fascista» en estos términos antedichos. Lo que decimos no es una justificación,



pues nada había que justificar en aquellos tiempos, tan es así que el propio John Fuller no tuvo reparo en poner sus intenciones por escrito en el *Daily Mirror* el 20 de marzo de 1935, al decir que su acercamiento a Mosley era «a condición de que me haga ministro de Defensa». Argüía que, ante épocas oscuras y con amenaza de guerra en el horizonte, los países de corte fascista podían tomar más rápidas y eficientes decisiones. Como vemos, el viejo zorro no ocultaba nada: su interés era modernizar el Ejército al considerar que había seria amenaza de guerra y, para ello, se postulaba como ministro del ramo a un partido legal al que, eso sí, ponía condiciones...



**Figura 17. Etiopía. Fuller viajó como corresponsal a Abisinia y tres veces a nuestra España en guerra incivil. En la foto, con tropas italianas en campaña (antes de llegar a África pasó por Roma, donde se entrevistó con Mussolini. Conocería además al conde Ciano y a los generales De Bono y Badoglio)**

Por otra parte, Fuller viajó en varias ocasiones antes del inicio de la guerra a Alemania, lo que en su día y aún hoy ha sido utilizado en su contra para criticar su acercamiento ya no al movimiento fascista inglés, sino incluso para tildarlo de nazi. Fuller admiraba lo teutón, lo que estaba en su carácter, pero también al socaire de la influencia de su mujer y de su madre, como sabemos ambas de origen alemán. Cada vez que viajaba a ese país en la década de los treinta lo encontraba mejor, tanto en sus infraestructuras como en sus campos y ciudades. Desde un punto de vista castrense, veía con sus propios ojos el nacimiento de un Ejército tal y como él lo había soñado, lo que le daba envidia, pero también miedo, pues era al que se iba a tener

que enfrentar el Ejército de su patria, sin duda a años luz de aquella formidable máquina de guerra que se estaba creando allí<sup>40</sup>. También viajó como corresponsal a Abisinia y a España en plena Guerra Civil<sup>41</sup> (de todos estos viajes daba cumplida cuenta a las autoridades militares británicas, tan es así que los generales alemanes, aun admirándolo en el plano teórico, sospechaban de él como espía; a más, en los viajes que hizo a España venía con una lista de «recados» del Imperial General Staff o de la War Office para que evaluase cuestiones sobre los vehículos italianos y alemanes al servicio del Ejército nacional, los efectos de los bombardeos sobre la población civil, el uso táctico de la aviación y su cooperación con las operaciones terrestres, la *flak*...).

Mientras tanto, el infatigable escritor sigue produciendo y publicando: sus libros sobre Grant (en los que, siempre a contracorriente, Fuller desmitifica a Lee y ensalza al denostado general del norte), sus memorias (fallidas por estar escritas muy pronto y con un tono demasiado beligerante, si bien siempre interesantes), *The First of the League Wars* (que narra su aventura abisinia y arremete contra la Sociedad —*League*— de las Naciones), un libro sobre la *cábala*, etc. (véase Cuadro Anexo en la sección de Bibliografía). El libro más importante de esa época, es, sin duda, su *Lectures on Field Service Regulations III (Operations between Mechanized Forces)*, traducido al español por el comandante Secundino Serrano para la Colección Bibliográfica Militar con el título de *Operaciones entre fuerzas mecanizadas* (Toledo, 1933). El libro, que no es sino la condensación de todo el pensamiento de su autor en torno a la futura guerra sobre cadenas, por lo que constituye la guía más avanzada por aquel entonces al respecto, fue completamente ignorado en su país, cuando no atacado. *El propio autor nos explica en el prólogo de la obra que en el Ejército inglés había en esa época dos reglamentos para el servicio en campaña, el I sobre orga-*

---

<sup>40</sup> Como curiosidad diremos que, en uno de sus viajes, tuvo un largo encuentro con Heinz Guderian.

<sup>41</sup> Hizo tres viajes a la España nacional: el primero en marzo de 1937, encontrando entonces una guerra para él poco interesante (hasta ese momento todos los choques de nuestra contienda habían sido directos por Madrid o con batallas de poco «estilo», por lo que militarmente no le atrajo). El segundo en octubre de ese mismo año, en el que acompañó a las fuerzas nacionales en la campaña del norte y encontró una guerra mucho más moderna que la que había visto seis meses antes. Y el último en abril de 1938, cuando presencié la ruptura del ejército de Franco hacia el mar, lo cual lo llevó a considerar la maniobra como un adelanto de la *Blitzkrieg* de 1940 (lo que algunos escritores de hoy parecen descubrir setenta años después). En cualquier caso, Fuller vio claramente en la guerra de España, que consideraba un choque entre dos sistemas económicos, algo más importante que avances militares: para él quedó claro que en la próxima guerra el enemigo sería Stalin y el rostro más oscuro de su comunismo...

nización y administración, y el II sobre operaciones en campaña (redactado por él mismo): «Como estos comentarios se refieren a la organización militar tal y como la concebimos actualmente, y no como es probable que sea en un futuro cercano, era necesario añadir un tercer tomo que se ocupase de los procedimientos de la guerra futura», de ahí el figurado número III del título original. La versión española lleva una introducción especialmente redactada por Fuller para nuestro Ejército: «Lo que es un honor porque, en el pasado, los soldados españoles dieron a Europa uno de los más grandes sistemas de guerra». Y acaba de nuevo con una clara advertencia: «Para ser un militar experto es necesario estar al día, porque el aferrarse a los dogmas ha destruido más ejércitos y perdido más batallas que cualquier otra causa en la guerra». Este y no otro fue el libro que leyeron con fruición los Guderian y Manstein en Alemania, así como otros visionarios en Rusia, Checoslovaquia, Francia e Italia. Heinz Guderian lo resumió muy claramente, al decir que con ese libro había entendido que en la guerra futura el frente estaría ya para siempre y definitivamente donde estuvieran los carros de combate, ni más ni menos.

Retomando el hilo cronológico, no nos ha de extrañar tanto, por lo que acabamos de ver, que el *major-general* J. F. C. Fuller del Ejército inglés aceptara en abril de 1939 la invitación de un ensoberbecido *Führer* para celebrar los fastos de su quincuagésimo cumpleaños (no está de más *añadir* que hacía más de un año que Fuller había retirado, por escrito, su apoyo a Mosley). Obviamente, la noticia no fue del agrado de las autoridades británicas —la *Foreign Office* lo instó a no acudir a la cita— y *no pasó desapercibida a la prensa inglesa. Para esas fechas, Alemania, bien que con la pasividad de las democracias occidentales, se*



**Figura 18. Un libro decisivo.** Al leer *Operaciones entre fuerzas mecanizadas*, condensación del pensamiento de Fuller sobre la guerra futura, Heinz Guderian exclamó: «A partir de ahora, el frente estará dondequiera que se encuentren los carros de combate»

había anexionado Austria y había invadido Checoslovaquia, mostrando su radicalidad, por lo que cualquier movimiento en falso —y este sin duda lo era— iba a ser vuelto en contra de Fuller por sus más recalcitrantes enemigos, como así fue (tanto que todavía hoy en Inglaterra la obra de Fuller se reedita y lee, pero el autor sigue sin ser simpático incluso a sus propios biógrafos, así Trytahll y Urban, que no son nada benévolo con su biografiado). La versión que el autor dio de la visita es ligeramente diferente y conviene transcribirla literalmente: «Fui llamado por una personalidad del Ministerio de Asuntos Exteriores. Esperaba que me pidiese que tomara nota de las clases de carros que se presentarían en el desfile. No, lo que me dijo fue: “He oído que va a asistir al cumpleaños de Hitler... El viaje puede resultar peligroso”. “Por lo que a mí respecta —contesté—, me divierten las emociones fuertes”»<sup>42</sup>. Pero en un memorando llamado *Great Nations* conservado en la sección Fuller Papers de la fundación Liddell Hart, el autor se nos muestra sin embargo cristalino sobre sus verdaderas y más profundas intenciones al acudir a la cita, en un texto quizá de rabiosa actualidad:



**Figura 19.** Cumpleaños de Hitler. El momento más polémico de la biografía de Fuller fue cuando Hitler le invitó a los fastos por su quincuagésimo cumpleaños, que incluían una demostración de fuerza con un desfile mostrando el poderío de un flamante III Reich (en la imagen, pase para “Herr” general Fuller como invitado de honor)

A pesar de mi amistad y admiración por Alemania, yo soy un inglés a carta cabal, con la diferencia quizá con otros ingleses de que los muchos viajes realizados me han convertido también, espero, en un buen europeo. Aunque Europa abarca muchos países, ella es en sí misma una civilización. Sintámonos, por tanto, orgullosos de lo que nos es común a todos. Puede que haya guerra: luchemos entonces caballeramente,

<sup>42</sup> FULLER, J. F. C.: *Máquinas de guerra*. Editorial Bibliográfica Española, Madrid 1945, pág. 15.

pues la caballerosidad nació en Europa. Puede que, como es mi ferviente deseo, la paz se mantenga sin ser rota: trabajemos por tanto juntos de forma honorable, sin perjudicarnos los unos a los otros, sino marchando orgullosamente unidos no solo por ser alemanes o ingleses, franceses o italianos o de otros pueblos de la Europa occidental, sino como abanderados de una cultura y civilización comunes.

*Pequeña historia de un gran libro: Batallas decisivas del mundo occidental*

*“Entender el pasado y juzgar el presente es prever el futuro.”*

John F. C. Fuller

Como venimos diciendo a lo largo de este ensayo, ya nadie duda del histórico papel que desempeñaron Basil H. Liddell Hart y John F. C. Fuller en el período de entreguerras como teóricos de la nueva guerra, ni siquiera el que volvieron a desempeñar como grandes pensadores de la estrategia en el impredecible mundo bipolar nacido el 6 de agosto de 1945. Sin embargo, hoy, en este siglo XXI preñado de amenazas graves de difícil solución como el terrorismo global y de retos potencialmente peligrosos en forma de economías emergentes como China, el espacio que ocupan ambos escritores debiera ser *más el de la historia*, donde sus enseñanzas pueden brillar con más fuerza para guiarnos por esta tierra ignota en que nos adentramos. Así, *Batallas decisivas del mundo occidental*, más allá de su erudición, más allá de su cautivadora prosa, más allá incluso de su propio contenido —una historia de la humanidad a través de las guerras— es una de esas obras totales que nos explican qué o quiénes somos, cómo hemos sido en el pasado, de dónde venimos y hacia dónde podríamos ir, pues, como recoge la cita del encabezamiento de este apartado, solo un conocimiento profundo del pasado nos ayudará a colegir siquiera como podría llegar a ser el futuro. Como se puede leer en una de las primeras reseñas de la obra hechas en España, precisamente la que se publicó en esta misma revista en su número 10 (Año VI, 1962), «*Batallas decisivas...* es una obra cumbre: ella sola justificaría la inclusión de su autor entre los más destacados de la historia militar».

Pero como en toda gran obra, hay una intrahistoria detrás de ella que merece ser contada... Su primera versión, incompleta y apresurada, data de 1939-40, cuando fue publicada por Eyre and Spottiswoode en Gran Bretaña (en dos tomos) y por Scribners en Nueva York (en uno solo en 1940). Un tono muy beligerante y demasiado lastrado por la clara moraleja que se quería enviar al lector de entonces hacen que esta primera versión del libro sea

solo una curiosidad bibliográfica sin la profundidad de la obra acabada que hoy conocemos. No obstante, su prefacio nos habla ya de las intenciones del autor al escribirla y de su génesis (prefacio por cierto encabezado por una bonita cita de Jules Michelet: *L'histoire est une resurrection*):

La idea de escribir este libro se me ocurrió hace aproximadamente dieciséis años, cuando estaba de instructor en la Escuela de Estado Mayor en Camberley. Allí me di cuenta de que el estudio de la historia militar estaba completamente relegado, puesto que ninguna obra moderna en inglés había tratado la materia como un todo [...]. La idea que prevalecía era que tal estudio era de poco valor, siendo mirada la historia militar como si de un museo del ejército se tratara, interesante solo para aquellos que habían hecho de ello un *hobby*. En mi opinión, tal visión no solo es ilógica, sino además peligrosa: la historia debiera ser estudiada como un laboratorio antes que como un museo, laboratorio en que los experimentos se están repitiendo incesantemente. Si esto es así, lo que se sigue es que a menos que el soldado conozca lo que se ha intentado en el pasado —y las reacciones que esos intentos provocaron— cada nuevo intento que haga será como andar a tientas en la oscuridad. Todos debiéramos ser estudiosos de las guerras, pues, como dijo Bossuet una vez, nada hay más terrible que la ignorancia activa [...]. Así como sin el conocimiento de las causas de una enfermedad no hay esperanza de cura o posible prevención, sin el entendimiento de la guerra y sus causas, no podrá nunca haber esperanza de paz<sup>43</sup>.

Efectivamente, ni en Gran Bretaña ni en el resto del mundo se habían hecho esfuerzos dignos de consideración —sí menores— para tratar la historia militar como la disciplina propia que es, rama de la historia general conectada con todas las demás pero con características propias, que deben ser conocidas por los investigadores (a los que hay que suponer un dominio de materias tales como la jerga y nomenclatura militares, el entendimiento de las armas y tácticas de cada período, la comprensión del terreno y su influencia en las batallas, etc.), pero contada de forma plausible y, por qué no

---

<sup>43</sup> Es de destacar que en la versión definitiva de la obra posterior a la Segunda Guerra Mundial, sin perder el espíritu de este prólogo, el autor añadió algunas significativas coletillas, como por ejemplo la que redondea la frase «Allí me di cuenta de que el estudio de la historia militar estaba completamente relegado», ahora terminada con «precisamente por parte de aquellas personas que mayor interés deberían demostrar en el mismo» (y no se refería solo a los militares sino, principalmente, a los políticos, pues Fuller en esto es clausewitziano y considera de forma natural la guerra como una continuación de la política). Tenemos a mano para este apartado las versiones de Scribner's, Nueva York, 1940, y la de Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1961.

decirlo, amena, al público en general. Fenómeno que no pasa desapercibido al autor, quien en el prólogo de la versión de la posguerra aduce como otro motivo que lo llevó a escribir la obra precisamente esta laguna de la bibliografía moderna y contemporánea: «Me he encontrado con que la guerra —ese “apasionado drama”, según palabras de Jomini— está tratada de manera más completa y comprensiva por los historiadores del pasado que por los modernos. Creo que la razón reside en que mientras en épocas pretéritas los historiadores consideraban la guerra como un proceso natural, en nuestros días muchos la contemplan como una perturbación infernal, de interés secundario». Aunque el fenómeno parece estar cambiando de tendencia en los últimos tiempos, nos siguen faltando Herodotos y Polibios que, amén de conocer al dedillo el funcionamiento de la falange o las legiones, sepan contar las batallas con el pulso dramático que siempre ha caracterizado a la historia con mayúsculas, género literario antes que ciencia...

El hecho cierto es que, empleando solo fuentes secundarias, pero en abundancia, muy bien seleccionadas, combinadas y relacionadas, Fuller comenzó en 1923 en la Escuela de Estado Mayor a tomar notas para una obra que en principio iban a ser solo lecturas para sus alumnos. Notas que fueron creciendo de volumen, así como en importancia, pues al socaire del drama personal que vivió durante la década de los veinte y treinta, el autor fue comprendiendo que esa obra, además de saldar una deuda de la historiografía moderna, podría ser una herramienta ejemplarizante para conseguir lo que en su lucha como militar no había conseguido, a saber, modernizar los ejércitos y adaptarlos a las nuevas situaciones políticas, redimensionando el fenómeno de la guerra para —toda vez asumida su inevitabilidad— restringir sus efectos en una época en que el armamento había alcanzado un poder de destrucción terrorífico... *Un clamor en el desierto, como ya sabemos.*

El estudio comparado de las dos versiones de la obra, la primera inmediatamente anterior a la Segunda Guerra Mundial, la segunda en plena guerra fría, es realmente interesante. En primer lugar, el tono de la primera es eminentemente beligerante, con alusiones a la realidad que le tocó vivir, dolido por su reciente experiencia personal y con un tono dogmático en exceso, pues no olvidemos que lo escribió en la época en que estuvo cercano al movimiento totalitario inglés (lo que se aprecia especialmente en el último capítulo de la obra, como vamos a ver a continuación por lo curioso que resulta para el lector español). En la versión final, el estilo está atemperado, los capítulos mucho más madurados, y el tono global de la obra es el de un erudito consciente de la magnitud de lo que está escribiendo, lo que ha convertido al libro en el monumento bibliográfico que es hoy día,

además de en referente obligado para los investigadores de historia militar que se precien...



BATTLE OF ARAGON SOUTH OF THE EBRO  
MARCH-APRIL 1938

**Figura 20. Aragón 1938. La primera edición de 1939-40 del clásico Batallas decisivas... terminaba con el capítulo «El general Franco y la batalla de Aragón». El autor daba gran importancia a los croquis, que solía confeccionar él mismo (en la imagen, el correspondiente a la zona del sur del Ebro, marzo-abril de 1938)**

El libro original de 1939-40 apareció intitulado como *Decisive Battles: Their Influence Upon History and Civilization*, y llevaba como subtítulos los de las dos partes en que se divide la obra, a saber: *Vol. I – From Alexander the Great to Frederick the Great* y *Vol. II – From Napoleon the First to General Franco...* Sí, sí, han leído bien los lectores españoles, «general Franco», pues el libro se cierra con las campañas de Etiopía de la Italia fascista, modelo admirado por el autor en aquel entonces, y con la de Aragón llevada a cabo por el Ejército nacional en la primavera del 38 para romper la España



republicana en dos tras la batalla de Teruel llegando al mar<sup>44</sup>.

Más allá de esta olvidada curiosidad, es de resaltar que el autor decidió apartarse de la división por periodos canónica de la historia y adoptó la suya propia:

- *The men who dreamed the dreams out of which each period awoke* – *Alexandrian or Thalassic Period (from 336 BC to AD 1453)*, algo así como «Los hombres cuyos sueños propiciaron el despertar de sus respectivas épocas: Era alejandrina o edad talásica (desde el 336 a. C. al 1453 d. C.)», y
- *The geographic quantity in which their dreams fructified* – *Columbian or Oceanic Period (from 1453 onwards)* o «La extensión geográfica en la que fructificaron sus sueños: Era colombina o período oceánico (a partir de 1453)»<sup>45</sup>. Este período lo subdivide a su vez en dos épocas:
  - La colombina propiamente dicha (de 1492 a 1763).
  - La napoleónica o continental.



**Figura 21. Batallas decisivas...** La cuidada edición en tres tomos contenidos en un cofre que hizo Luis de Caralt —antiguo alférez de infantería, por cierto— del clásico de Fuller sigue siendo un placer para la vista: el mejor continente para un contenido excepcional (con magníficos planos e ilustraciones)

<sup>44</sup> Quitando juicios políticos, siempre discutibles aun siendo bastante acertados como es el caso, es increíble la lucidez del análisis que hace Fuller de nuestro fratricida drama: increíble por venir de un historiador del ámbito sajón, increíble por lo preciso de los datos militares y geográficos que aporta, increíble por la poca perspectiva histórica que tenía al escribir este capítulo. Para él, la guerra se podía dividir en cuatro grandes fases o campañas: la de Madrid, la del norte, la de Aragón y la de Cataluña, y resta importancia a las batallas planteadas por los republicanos, meros contratiempos por grandes que fueran —Brunete, el Ebro— para las grandes líneas maestras definidas por la estrategia del Cuartel General de Franco.

<sup>45</sup> El autor quiere agradecer muy efusivamente a don José Fernández Bueno la acertadísima traducción de estas complicadas frases, pues sin duda ninguna ha sabido captar a la perfección la esencia de lo que el autor tenía en mente al enunciarlas (vía don Luis Alberto de Cuenca).

División que habría de cambiar en la versión final del proyecto. Y es que, en 1940, todo el *stock* de Eyre and Spottiswoode, almacenado en Paternoster Row, ardió en un bombardeo de la *Luftwaffe* sobre Londres, por lo que Fuller, con su humor socarrón, dijo que el último favor que le hizo Hitler fue el obligarlo a reescribir su obra... Además de forzarlo a añadir unos cuantos capítulos al provocar la guerra más grande que jamás han visto los tiempos, cambiando en cierto modo la orientación total del libro (véase la Figura 21. *Batallas decisivas...*). Por eso, cuando en los años cincuenta Fuller retoma la empresa de forma definitiva lo hace sabiendo ya la obra que no solo quiere hacer, sino que en cierta medida está impelido a hacer. Con las ideas mucho más claras y el propósito de rehacer completamente la obra, el autor dice en el prefacio de esta segunda edición que tras otros diez años de trabajo —esta vez exhaustivos—: «Convertí en tres los dos volúmenes, redactando 28 de los 29 capítulos originales, eliminando uno [por desgracia el de la guerra de España] y añadiendo 23 nuevos [...]. Se trata de una obra completamente nueva, y no solo de una edición revisada»<sup>46</sup>. La filosófica división en dos periodos de la obra original también desapareció en beneficio de una ternaria mucho más convencional. Para la selección de batallas, el autor se basó en su exclusivo criterio personal, añadiendo antes de cada una de ellas una introducción que hilara toda la obra, uniendo los capítulos en un *continuum* sin interrupciones, como corresponde a la historia. Todo ello respaldado gráficamente con acertadas ilustraciones y croquis originales que todavía hoy en muchos casos no han sido superados. Nada mejor para entender la evolución de la obra que insertar una tabla comparativa de las dos ediciones y ponerlas también en relación con una especie de subproducto de ambas que es su libro *Armamanet and History*, excelente pieza ensayística a la que ya nos hemos referido y en la que hace una tercera división de la historia, esta vez de corte poético:

AÑO	BATALLA	ÉPOCAS 1. <sup>a</sup> VERSIÓN BATALLAS DECISIVAS	ÉPOCAS 2. <sup>a</sup> VERSIÓN BATALLAS DECISIVAS	ÉPOCAS ARMA- MENT AND HISTORY
480 a. C.	Salamina	Era Alejandrina o Edad Talásica	Desde los tiempos más remotos hasta la batalla de Lepanto	La Edad del Valor
479 a. C.	Platea			
415-413 a. C.	Sitio de Siracusa			
405 a. C.	Egos Pótamios			
<b>331 a. C.</b>	<b>Gaugamela (o Arbela)</b>			

<sup>46</sup> La primera edición del año 1939 iba dedicada a su esposa Sonia, por su paciencia y aliento, una de las pocas ocasiones en que se trasluce la vida personal de Fuller en sus obras... La edición definitiva va dedicada sin embargo al escritor Francis Neilson.

207 a. C.	Metauro	Era Alejandrina o Edad Talásica	Desde los tiempos más remotos hasta la batalla de Lepanto	La Edad del Valor		
<b>202 a. C.</b>	<b>Zama</b>					
168 a. C.	Pidna					
48 a. C.	Sitio de Dyrraquio					
<b>48 a. C.</b>	<b>Farsalia</b>					
31 a. C.	Accio					
<b>9 a. C.</b>	<b>Teutoburgo</b>					
<b>378</b>	<b>Adrianópolis</b>					
<b>451</b>	<b>Campos cataláunicos</b>					
533	Tricamerón					
552	Tagina					
<b>717-718</b>	<b>Sitio de Constantinopla</b>					
<b>732</b>	<b>Tours</b>					
<b>1066</b>	<b>Hastings</b>					
<b>1071</b>	<b>Manzikert</b>					
<b>1187</b>	<b>Hattin</b>					
1340	Sluys					
1346	Crécy					
1429	Levantamiento cerco de Orleáns					
<b>1453</b>	<b>Caída de Constantinopla</b>	Período Océánico: Era Colombina	Desde la Armada Invencible a Waterloo	La Edad de la Caballería		
1487	Sitio de Málaga					
<b>1492</b>	<b>Conquista de Granada</b>					
<b>1571</b>	<b>Lepanto</b>					
1588	La Armada Invencible					
<b>1631</b>	<b>Breitenfeld</b>					
<b>1632</b>	<b>Lützen</b>					
<b>1645</b>	<b>Naseby</b>					
<b>1704</b>	<b>Blenheim</b>					
1709	Poltava					
<b>1757</b>	<b>Rosbach y Leuthen</b>					
<b>1757</b>	<b>Plassey</b>					
<b>1759</b>	<b>Llanuras de Abraham o Quebec</b>					
1777	Saratoga					
1781	Chesapeake y sitio de Yorktown					
1792	Duelo artillero de Valmy					
1805	Trafalgar					
<b>1806</b>	<b>Jena-Auerstädt</b>			Período Océánico: Era Napoleónica	Desde la Armada Invencible a Waterloo	La Edad de la Pólvara
<b>1813</b>	<b>Leipzig</b>					
1815	Waterloo					
1862	Batalla de los Siete Días	Desde la guerra civil americana hasta el final de la 2. <sup>a</sup> G. M.	La Edad del Vapor			
<b>1863</b>	<b>Sitio de Vicksburgy Chattanooga</b>					
<b>1870</b>	<b>Sedán</b>					
<b>1904-1905</b>	<b>Sitio de Port Arthur</b>					

1914	<b>Marne</b>	Período Océánico: Era Napoleónica	Desde la guerra civil americana hasta el final de la Segunda Guerra Mundial	La Edad del Petróleo (primera parte o hasta la Se- gunda Guerra Mundial)
1914	<b>Tannenberg</b>			
1915	<b>Sari Bair y bahía de Suvla</b>			
1918	Amiens			
1918	<b>Vitorio-Veneto</b>			
1920	<b>Varsovia</b>			
1936	<i>Mai Chio (eliminada)</i>			La Edad del Petróleo (se- gunda parte: la Segunda Gue- rra Mundial)
1938	<i>Aragón (eliminada)</i>			
1940	Segunda de Sedán (conquista de Francia)			
1941	Batallas de Moscú			
1942	Midway			
1942	El Alamein			
1943	Túnez			
1942-43	EStalingrado			
1944	Normandía			
1944	Golfo de Leyte			
1945	Hiroshima y Nagasaki	Era Atómica		

Nota: En negrita, las batallas tratadas en ambas versiones de la obra (sin ella, por tanto, las añadidas en la segunda versión). En cursiva, las que aparecían en la primera versión y fueron eliminadas en la edición definitiva (Mai Chio y Aragón).

Poco más se puede decir de la intrahistoria de esta fascinante obra, solo animar al lector que no haya tenido aún el placer de leerla a que lo haga sin demora (en cualquiera de las ediciones varias, en inglés o en español, al alcance de cualquiera hoy día vía Internet, pues es una obra que goza de muy buena salud. Otra muestra de su grandeza y vitalidad es su versatilidad; así, los americanos en su día editaron con los capítulos que solo atañen a su país un *Decisive Battles of the US*, mientras que en España hace poco vio la luz gracias a la señora editorial Gredos un *Batallas decisivas del mundo antiguo* con las batallas comprendidas entre Salamina y la *Pax Romana*). No nos resistimos sin embargo a terminar con las palabras proféticas con las que concluye la obra, escrita en los años cincuenta del pasado siglo, pero perfectamente vigentes hoy en el interrogante de fondo que plantean:

La Union Jack, bandera de la *Pax Britannica*, ha sido arriada y en su lugar ondean las barras y estrellas enfrentadas a la hoz y el martillo. La suprema cuestión planteada por la Segunda Guerra Mundial es esta: ¿Cuál de las dos triunfará? ¿Viviremos una *Pax Americana* o una *Pax Tartarica*? Nos atrevemos a sugerir que la respuesta se encontrará no en los potenciales militares en pugna de Estados Unidos y la Unión Soviética, sino en sus antagonicos sistemas político, social, económico y cul-

tural. No sabemos si alguno de los dos estará capacitado para solucionar el problema crucial que las revoluciones plantearon a la humanidad: la situación del ser humano, su gobierno y su modo de vivir en un mundo completamente mecanizado.

#### 4. DE ARMAGEDÓN A ARMAGEDÓN: LA FORJA DE UN FILÓSOFO. ALEMANIA PIERDE LA GUERRA...

El 1.º de septiembre de 1939, día en que el general John Frederick Charles Fuller cumplía 61 años, estallaba una nueva guerra, esta vez realmente universal. Nadie sino él podía hacer el mejor resumen de aquella contienda en una sola frase o idea fuerza: los alemanes perdieron la guerra y los aliados la paz...<sup>47</sup>. Si Liddell Hart, criticando los efectos que produjo, vio en esta contienda al menos un resurgir del arte militar al recuperarse la maniobra y la movilidad, Fuller odió en ella la brutalidad que suponía el no limitar las guerras, esa su quimera teórica (toda guerra ilimitada pierde *per se* su razón de ser, esto es, conseguir una paz más perfecta). Para el de Chichester, la Segunda fue solo un capítulo nuevo del drama del 14, que en absoluto le sorprendió puesto que la «paz» del 18 no había sido tal, sino solo una dura venganza que en sí misma llevaba el germen de una nueva conflagración. Es por ello por lo que la cita de Horacio que emplea para abrir su obra sobre la Segunda Guerra Mundial sirve como muestra de lo que pensó de ella (libro por cierto, bastante por debajo del que hiciera al final de su vida su amigo Liddell sobre el particular, si bien con luminosas aportaciones como siempre): «La fuerza bruta privada de sabiduría cae en ruinas por su propio peso. La potencia templada con la prudencia hace más grandes aún a los dioses. Pero estos odian el poder que, en lo más íntimo, se inclina hacia toda forma de impiedad»<sup>48</sup>.

<sup>47</sup> Título de un artículo publicado por FULLER en la posguerra (*Revista Ejército*, n.º 94). Sus conclusiones, como siempre, contundentes: «Hitler perdió la guerra porque, al contemplar el mapa del Imperio británico, cosa que él mismo reconoció hacer frecuentemente, ¡no se había fijado en el Canal de la Mancha!». Por su parte, los aliados perdieron la paz al forzar la rendición incondicional, pues, al conseguirse la victoria, «el equilibrio de fuerzas dentro de Europa quedaría irremisiblemente aniquilado, quedando Rusia como el mayor poder del continente. Por consiguiente la “paz” que aquellas dos palabras [rendición incondicional] presagiaban significaba la sustitución de la tiranía nazi por una hegemonía aun más bárbara».

<sup>48</sup> FULLER, John F. C.: *La II Guerra Mundial (1939-1945) Historia táctica y estratégica*. Círculo Militar Argentino, Buenos Aires, 1988.

En cualquier caso, el maestro veía cumplida su profecía negativa. Cuando en mayo de 1940, tras la campaña polaca y la *drôle de guerre*, los británicos fueran a enfrentarse a su mortal enemigo de nuevo en tierras de Francia, solo disponían allí de una brigada de tanques y de cinco regimientos de caballería mecanizada dotados de vehículos ligeros: «En el período de entreguerras se había gastado mucho dinero en experimentos, tanto que había casi más carros en prueba que en uso; teníamos tractores, pero eso no es mecanización [...]. Teníamos carros ligeros, como torpederos en mar gruesa, ataúdes sobre ruedas (lo vi en España) [...]. Teníamos carros de acompañamiento a la infantería, cuyos motores habían sido ralentizados a propósito para que no pudieran adelantar a los infantes, algo así como sacar a un caballo cojo a la pista de carreras [...]. Nada podía despertarnos de nuestro sueño, ni nosotros deseábamos que nos despertaran» (extraído del prólogo de su *Máquinas de guerra*). Es decir, ni el tipo de carro de combate, ni la mentalidad de sus mandos, ni la orgánica del Ejército estaban a la altura de la nueva guerra que les iban a plantear los germanos (quienes, por cierto, andaban también lejos de tener un ejército completamente mecanizado y con divisiones acorazadas todavía muy mejorables, pero con unos mandos y tropas totalmente imbuidos de la nueva doctrina, de la nueva forma de hacer la guerra).

En cuanto a los franceses, si hubieran sido perspicaces, todavía entre Polonia y mayo del 40 habrían podido reaccionar, reuniendo sus poderosos —y numerosos— blindados en una masa de maniobra con la que contratacar de flanco al puño *panzer*; en lugar de eso «se encerraron en la Línea Maginot, esa tumba decorada con fotos de señoritas de dudoso gusto». Pero no hay espacio en este ensayo para analizar las campañas de esta guerra, ni siquiera para recapitular rápidamente sobre las grandes novedades que habría de traer, desde la madurez de los carros de combate en la lucha en tierra a la importancia del submarino o el portaviones en mar; desde la cooperación aeroterrestre a los adelantos en criptografía y comunicaciones; desde los fusiles de asalto a la bomba atómica... No obstante, sí merece hacer un repaso lo más pegado posible a la vida de nuestro autor de aquellos cruciales años, pues en cierta medida muchas de esas novedades él las había pronosticado, por no hablar de las consecuencias personales que el conflicto iba a tener en su caso (ese año de 1940 fue nefasto para él al morir su adorada madre, la fantástica Thelma de la Chevallerie).

Porque conviene decir para valorar en toda su dimensión la paradoja que vivió Fuller que Gran Bretaña era el país que peor estaba en términos de desarrollo de carros de combate y unidades acorazadas de los contendientes: en Alemania, ya sabemos la admiración que los generales alemanes

profesaron hacia su obra y puede afirmarse que la *Blitzkrieg* era hija de su pensamiento; en la Unión Soviética, antes de que Stalin lo eliminara, el mariscal Tujachevski estaba familiarizado con las teorías Fuller-Hart, habiendo impulsado el desarrollo de la excelente escuela acorazada que desarrollarían los rusos; De Gaulle, pionero de los carros en Francia, preguntaba a los ingleses: «¿Qué hay de vuestro mejor general, Fuller?»; incluso los checoslovacos, antes de ser tragados por el III Reich, habían desarrollado unos carros modernos en línea con el pensamiento de Boney, carros de que se nutrieron de forma fundamental en los primeros tiempos las formaciones *panzer*. Sir Basil lo dejó bien claro en su obra cumbre:

Las tácticas de las fuerzas alemanas se correspondían con su estrategia, evitando asaltos directos y buscando siempre puntos débiles a través de los que infiltrarse por la línea de menor resistencia [...]. Mientras los jefes aliados pensaban en términos de «batalla», los nuevos jefes alemanes buscaban evitarla produciendo una parálisis estratégica de sus enemigos, usando carros, aviones de bombardeo en picado y paracaidistas para provocar la confusión, esparcir el pánico y dislocar los sistemas de comunicación [...]. Los ingleses estaban en el ABC de la guerra, y ellos tenían ya un sistema de hacer la guerra doble D: desmoralización y desorganización; no en vano su líder, Hitler, los había advertido: no hay lugar para caballeros, yo necesito revolucionarios<sup>49</sup>.

Todavía en 1941 los mandos ingleses andaban perdidos sobre cómo hacer la guerra mecanizada a consecuencia del retardo acumulado. En ese año, la War Office publicó una serie de monografías ilustradas sobre el Ejército con el claro propósito de ensalzar a sus soldados que tan bravamente estaban combatiendo y dar tranquilidad a la población civil. En la correspondiente a la guerra mecanizada, prologada ni más ni menos que por el jefe del Estado Mayor Imperial, a la sazón el general sir John Dill, todavía se justificaba la derrota en Francia simplemente por la superioridad numérica alemana, aserto totalmente falso (el 10 de mayo de 1940 los aliados casi duplicaban en número el total de carros alemanes en lista de revista, y algunos modelos galos eran superiores a los *panzer* alemanes... El problema estaba en la doctrina, esto es, en la cabeza). En ese mismo libro, aún se aprecia la confusión de los carristas ingleses, enredados en el debate de preguerra sobre carros ligeros, medios, pesados, de acompañamiento a la infantería, etc., que la guerra había convertido en estéril definitivamente. Así, leemos frases en el libelo

---

<sup>49</sup> LIDDELL HART, Basil: *Strategy*. Meridian Books, Nueva York, 1991, pág. 218.

como ésta: «La infantería. La tarea de la infantería permanece esencialmente inalterada [a pesar de los adelantos técnicos] [...]. El principal cambio de cara al infante es que su principal desventaja, la lentitud, puede ser vencida gracias al motor»<sup>50</sup>, lo que demuestra la lejanía de los mandos británicos de haber entendido la lección de la guerra acorazada.

Volviendo a nuestro autor, antes de que Churchill llegara al poder, época en la que empezaría la larga cuarentena de Fuller, el retirado general fue llamado a consultas por el jefe supremo del Estado Mayor Imperial, a la sazón Ironside, lo que demuestra que al final sus viejos camaradas no podían olvidarse de él y, en un momento crítico, sintieron la necesidad de recabar su opinión. Al parecer, Ironside le dijo textualmente que ojalá estuviera a su lado, si bien los políticos lo habían proscrito. Su viejo compañero en el Cuartel General del Tank Corps y a su vez pionero de los carros, LeQ Martel, también quiso rescatarlo para impulsar el desarrollo técnico y táctico de una nueva generación de vehículos ingleses, al considerarlo el hombre más apropiado para tal misión (viendo esos monstruos de carros ingleses a lo Churchill uno ve claramente que el empeño no fructificó...). No obstante, cuando sir Winston llegó al poder y emprendió la purga, por otra parte lógica, de los fascistas ingleses de Mosley, a pesar de salvar de la quema a Fuller al no arrestarlo, lo sometió a estrecha vigilancia y lo ninguneó, dolido por las críticas que el escritor había vertido contra él a cuenta de Gallipoli y otras «genialidades» del estadista británico (también fue postergado y vigilado el mucho más templado Liddell Hart). Y es que en eso, Churchill sí hacía caso de las palabras del de Chichester, quien había proclamado que Inglaterra necesitaba un dictador para afrontar la guerra que se avecinaba...

Quizá sea el momento de revisar la relación entre ambos pensadores. Desde el acercamiento de Fuller a Mosley a mediados de los treinta, Hart, hombre cauto por naturaleza y de formación antagónica al fascismo, se distanció del que consideraba su maestro. La asistencia de Fuller al cumpleaños de Hitler debió repugnarle particularmente, y su correspondencia durante estos años «oscuros» es prácticamente inexistente. El ostracismo al que al final serían confinados, la percepción de estar asistiendo a una guerra decisiva y el común desprecio por la estrategia con que los aliados estaban conduciendo la nueva conflagración mundial, volvería empero a unirlos allá por el año 42, en que retoman la relación. Sus críticas, focalizadas en su pri-

---

<sup>50</sup> WAR OFFICE: *Engines of War (The Mechanised Army in Action)*. Adam and Charles Black, Londres, 1941, pág. 55.



mer ministro, versarían especialmente sobre el bombardeo estratégico<sup>51</sup>, que consideraban perfectamente innecesario a la par que inhumano (al menos en la escala tan brutal a que lo habían elevado los Estados Mayores inglés y estadounidense), y, especialmente, contra la insistencia sobre la rendición incondicional, al considerar que ello solo aglutinaría a los alemanes en torno a Hitler, además de dar armas al nuevo enemigo que se iba decantando cada vez más claramente en aquella guerra: el comunismo.



**Figura 22. Tanques ingleses cruzan el Rin. La historia da la razón a Fuller: el 23 de marzo de 1945 la vieja bandera del Tank Corps cruza por segunda vez en menos de treinta años el Rin a la vanguardia de la British Army. Los carros ingleses se imponen a pesar de haber ignorado durante tantos años al profeta en su tierra...**

Podríamos citar muchos textos del maestro en o sobre esta época, pero para reflejar la personalidad del autor, además de sus ideas al respecto, conviene traer a colación uno particularmente lúcido y valiente que escribió en noviembre de 1941 dentro de su obra *Máquinas de guerra* ya citada, justo en unas fechas en que arreciaban las críticas a su actitud y la guerra aún estaba por decidirse:

La guerra no puede independizarse de la paz, ni, por lo tanto, de la política, economía, finanzas, cultura, etc. [...]. La razón de que la guerra haya sido tan mal comprendida por nosotros y, en consecuencia, de por

<sup>51</sup> Para Fuller, «la mentalidad del bombardeo estratégico era la mentalidad del Somme», es decir, un retroceso a las catacumbas de la Primera Guerra Mundial, al haber sustituido las descomunales preparaciones artilleras del 14 por bombardeos masivos de aviación de dudosa «rentabilidad político-militar».

qué estábamos tan mal preparados —mentalmente aun más que materialmente— para enfrentarnos con el presente conflicto fue el no habernos dado cuenta de eso. La guerra hoy es total, luego lo incluye todo, lo influye todo, está influida por todo como consecuencia. Existen tales cosas como una religión de la guerra, una filosofía de la guerra, una ética de la guerra, una ciencia de la guerra, una economía de la guerra, una mecánica de la guerra y un arte de la guerra. Guerrear no es golpear solamente [...]. La guerra es una actividad humana, por tanto, compleja.

Después de lanzar este claro mensaje a los políticos sobre cómo contextualizar el fenómeno bélico, el autor va más lejos y se atreve a hacer este repaso:

De 1930 a 1939 viajé mucho por el continente [...]. En las naciones que *más habían sufrido la última guerra* había un punto de vista amoral, porque habían sido tratados inhumanamente; autocrático, porque habían sido reducidos a esclavitud. Y militarista, porque habiéndoseles negado la benevolencia, veían en la violencia el medio de liberarse [...]. Muchas cosas no me gustaron, pero al menos esos países tenían los ojos fijos en el futuro y no en el pasado. Es decir, no en lo más cómodo [...]. Sugerir que cuando sus ideas parecieran buenas modificáramos nuestro anticuado método de vida, descubrí que era pecar contra los Santos Manes Británicos, los que aparentemente viven en constante rememoración de los tiempos pasados. Sugerir, como lo hice una y otra vez, que nuestro ejército debía ser mecanizado al estilo del ruso, era ser proclamado bolchevique —entonces un oprobio, aunque ahora no—. Sugerir que *había mucho de aprovechable en el Estado Corporativo de Mussolini* era ser calificado de fascista [...]. Realmente, la imbecilidad política de mis compatriotas entre los años 1919 y 1939 —aquellos áridos años— no tuvo límite, mientras que en los campos de instrucción los soldados esgrimían aún bayonetas contra sacos llenos de paja. Era como vivir en un asilo de locos.

Todo lo que no se había aprendido en épocas de paz, parecía decirnos el maestro, había de aprenderse a golpes en plena guerra... Al final, tras muchos años de «sangre, sudor y lágrimas», y como había predicho en su día un joven Fuller sobre la guerra de los Bóeres, solo el inmenso poderío industrial conjunto de Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética, más que los méritos de sus dirigentes, los llevó a ganar la guerra, pero ¿a costa de qué?

... *Los aliados pierden la paz*

Cuando el 6 de agosto de 1945 una sola bomba lanzada desde un único aparato arrasaba una ciudad completa, poniendo fin a la mayor tragedia de la historia e inaugurando una era preñada de incertidumbres tenebrosas, una nueva profecía del maestro Fuller se había cumplido, lamentablemente para él y para el resto de la humanidad. Porque el no limitar las guerras, el no encontrar barreras políticas para constreñirla y emplearla como lo que fue en épocas pasadas —solo un medio para dirimir diferencias no resueltas por otras vías—, había conducido irremisiblemente a la creación de un arma acorde con esa mentalidad totalizadora: la bomba atómica, expresión de un mundo alocado, fuera de toda ética, ilimitado en sus pretensiones incluso en las más violentas, un arma en definitiva capaz de arrasarlo el planeta. Armagedón, como dijo el general MacArthur brillantemente en el acto de rendición del acorazado Missouri, llamaba a la puerta: la próxima guerra no tendría enemigo, pues el enemigo era ya en sí la propia guerra...



**Figura 23. Libros de Fuller en la guerra y la posguerra. Máquinas de guerra, aparecido en plena contienda, era un provocador y valiente ensayo en el que el autor arremetía contra los «irresponsables» que habían llevado al mundo al abismo. Después, hizo una reflexión táctica y estratégica sobre la conflagración en su Historia de la Segunda Guerra Mundial. España fue de los países que más tradujo a Fuller, correspondiendo así a su interés, poco corriente en la escuela anglosajona, por nuestros asuntos bélicos: Granada, la Conquista, los Tercios, Lepanto...**

Volviendo a lo personal, si algo bueno tuvo la guerra para Fuller fue el reencuentro con Liddell Hart, probablemente la persona a la que, salvando a Sonia, más quiso el maestro, respetándolo profundamente. En 1945 Fuller tiene 67 años y se encamina tranquilo a la vejez (a pesar de sus achaques en sus tiempos sudafricanos e indios, el autor gozó después durante toda su vida de una excelente salud, manteniendo una cabeza ágil y vigorosa hasta su muerte: «La prescripción más segura para conservar la salud es mantenerse lejos de los médicos», le dijo a L. H. en una carta). John Frederick Charles afrontaba, por tanto, la última vuelta del camino de forma tranquila: el tiempo le había dado la razón aun en sus más sombrías predicciones, su prestigio como escritor crecía por todo el mundo y su pensamiento, ahora templado, se ordenaba finalmente hacia una filosofía de la guerra, toda vez que sus intentos por crear una «ciencia» de la misma habían sido en balde.

La década de los cincuenta fue fructífera en libros para ambos pensadores, que en plena madurez y ante el nuevo mundo nacido violentamente en Hiroshima y Nagasaki, van a dar lo mejor de sí buscando argumentos que permitan a los conductores de la política y de la guerra andarse finos en una era en la que ya no caben errores, pues el holocausto nuclear lo amenaza todo. El argumento empleado por ambos autores destacando la necesidad de relegar de nuevo la guerra al papel de un mero y último recurso en las manos de los políticos ha sido calificado de neoclausewitziano, pero en realidad ambos superan al maestro teutón, al que respetaban en lo que valía, sin llegar a la adoración sin cuestionamiento al que algunos llegaron (y aún llegan hoy): «Respecto a Clausewitz, mi intención es traerlo de nuevo a colación, pero con el ánimo de que la gente lo lea en lugar de citarlo [...]. Lo peor que le ha ocurrido a su *Von Krieg* es que nueve décimas partes del libro están obsoletas, mientras que la décima parte, que es puro oro, está perdida entre los escombros» (véase Figura 23. Libros de Fuller en la guerra y la posguerra) Para Liddell Hart, Fuller era más grande que Clausewitz, en el sentido de más completo tanto por formación como por el acabado de su obra (sabido es que la versión de *De la guerra* que hoy conocemos es incompleta por muerte de su autor, y es solo una recopilación a cargo de su viuda con asesoramiento). En cualquier caso, es esta realmente una época dorada de la estrategia, pues se organizan debates de alto nivel que hoy día, en una situación mundial también descompensada por retos que no alcanzamos a comprender, se echan francamente de menos.

Fuller se dedica ya plenamente a perfeccionar sus *Batallas decisivas...*, sin dejar de publicar artículos y otros libros, entre los que es muy de destacar uno que ya hemos mencionado varias veces y que supone un salto cualitativo en su producción: *Armament and History: The Influence of Armament*



**Figura 24.** *Armament and History*. Este breve pero enjundioso ensayo es un libro fundamental en la producción de Fuller, pues en él gira definitivamente hacia una filosofía no solo de la guerra —o de la paz, como gustó en decir al final de su vida—, sino de la historia en su conjunto

*in History from the Dawn of Classical Warfare to the End of the Second World War*<sup>52</sup>, lamentablemente inédito en español. Y es que este ensayo, pequeño pero enjundioso, representa su giro definitivo hacia la filosofía, y le sirvió de guía-resumen para su versión final de *Batallas decisivas*, pero, sobre todo, de borrador para su testamento literario, *La dirección de la guerra*, que analizaremos al final del artículo. En *Armament and History*, Fuller proclama que el bien que hay que preservar es la civilización occidental, con sus logros, a saber: la libertad, la democracia, el gobierno parlamentario, la riqueza, el comercio<sup>53</sup>. Y, más adelante, su conclusión definitiva: «La PAZ y no otra cosa es el objetivo de toda guerra». Una frase de Fuller a Liddell en su correspondencia privada resume el estado anímico de ambos pensadores en esta época, mostrando lo conscientes que eran ambos de su influencia por aquel entonces: «Liddell, tenemos que acabar escribiendo una filosofía de la paz, no una teoría sobre la guerra». Eso es lo que, bien leído, es el conjunto de las mejores obras de ambos hoy día.

Y así llegamos a octubre de 1963, cuando por fin en su propia casa se les dio el merecido homenaje que se les debía, y se hizo además de forma

<sup>52</sup> Publicado por vez primera en 1945 por Scribner's para el mercado americano y en 1946 por Eyre and Spottiswoode para el inglés. Manejamos la reimpresión de Da Capo de 1998.

<sup>53</sup> *Op. cit.*, pág. 169.

conjunta, lo que los llenó de satisfacción. La RUSI Chesney Gold Medal es una prestigiosa distinción que se da a los mejores pensadores del ámbito militar sajón. Aunque tardíamente, la institución, es decir, una pieza del *establishment* al que habían combatido ambos solo guiados por un patriotismo no apesbrado, saldaba así una deuda moral, histórica con los dos grandes pensadores. En presencia de toda la cúpula militar, el general Hackett entonó unas palabras que sonaron a disculpa: «Gran Bretaña casi fue puesta de rodillas por sus enemigos empleando unas técnicas nacidas, pensadas y desarrolladas aquí por nuestros pensadores, y que largamente ignoramos. Los dos maestros tienen una cabeza privilegiada y una pasión común insobornable por la verdad». Por su parte, las palabras de Fuller y Hart en aquel evento valen por un resumen de sus fructíferas trayectorias y convirtieron el acto en una fiesta en honor de su amistad, un broche de oro a sus vidas, que se iban ya apagando:

Liddell:

Compartir este premio con mi viejo amigo y camarada «Boney» Fuller es una compensación más que placentera a todo lo pasado [...]. Todo lo que nos ha unido a lo largo de cuarenta años es mucho más importante que las pequeñas discrepancias. Nuestra asociación en la cruzada por el progreso militar ha sido una de las experiencias más felices de mi vida.

Fuller:

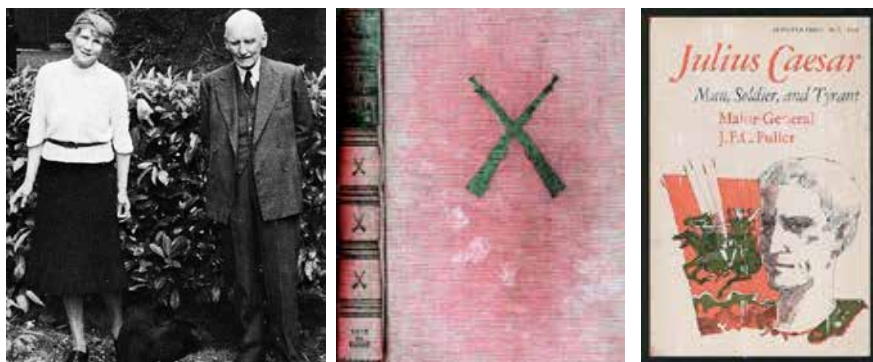
Es un honor recibir este premio, pero lo es mucho más hacerlo junto a mi viejo amigo Basil Liddell Hart [...]. Echo la vista atrás, durante más de cuarenta años recibiendo no precisamente distinciones, y veo ahora este trofeo. Yo no fui un profeta, yo nunca quise ser un profeta. Tengo demasiado sentido común para ello [...]. Yo solo me considero alguien que estuvo llamado a cumplir una misión, y esto es lo único que hice. Había un poco de propaganda en mi eslogan «Unos centímetros de acero que nos guiarán al liderazgo», pero el mensaje en su simpleza era poderoso, así la trascendencia de sus implicaciones.

En definitiva, una recapitulación honrada de todas las partes implicadas, que implícitamente reconocían sus culpas concediendo su parte de razón a los otros, a la manera británica. El 10 de febrero de 1966, en el hospital Tehidy, sin una Sonia que lamentaría el resto de su vida no haber llegado a tiempo, John Frederick Charles Fuller moría por las complicaciones de-

rivadas de una neumonía mal curada. «El cerebro más grande de Inglaterra —dijo su afectado amigo Basil Liddell Hart, quien ese año sería nombrado sir— se apagaba para siempre». Su no siempre amable biógrafo Trytahll cierra su obra con lo que podría ser un buen epitafio: «Boney fue un guerrero en muchas batallas importantes del entendimiento y de la vida: las luchó bien, duro y durante todo el tiempo. Lo que probablemente es suficiente epitafio para un SOLDADO».

### *Testamento literario. La dirección de la guerra*

Si bien no es su última obra —honor que le corresponde a una apasionante biografía sobre César que le sirvió para hacer un estudio sobre el autoritarismo—, *La dirección de la guerra* (Caralt, 1965) puede ser considerado el testamento literario de John F. C. Fuller en el sentido de que es la obra en que cristalizan sus mejores aportaciones sobre historia, el progreso industrial, la psicología de los pueblos y de sus dirigentes, y, cómo no, sobre la alta estrategia, todos ellos campos ya hollados por él en otros libros, pero al fin sabiamente relacionados en un todo globalizador. Publicado de nuevo por su fiel editorial Eyre and Spottiswoode en 1961 con el título original



**Figura 24A. Vejez.** A pesar de su senectud, los últimos libros de Fuller rebosan vitalidad y, como siempre, erudición y bonita prosa en la lengua de Shakespeare. El maestro en plenitud (en la foto, junto a su querida mujer Sonia) Fig. 24B. *La dirección de la guerra*. Testamento literario de J. F. C. Fuller, pocos tratadistas militares anteriores o posteriores a él han alcanzado la calidad de página de esta obra, referente ineludible para entender el fenómeno bélico y la alta estrategia (en la imagen, tapa dura de la edición española debida a Caralt) Fig. 24C. *César*. En sus últimos años, el autor volvió la mirada hacia la Antigüedad clásica, con una obra sobre Alejandro Magno y esta otra sobre César, un estudio sobre al autoritarismo: ¿el último guiño del viejo zorro?

de *The Conduct of War*<sup>54</sup> —más preciso que el de la traducción al español, a nuestro entender—, el libro es realmente la obra más refinada del pensamiento de un maestro que a sus 83 años condensa ya sin resquemores del pasado, pero sin renunciar a su estilo, todas las enseñanzas que sus largas vidas como soldado, visionario, historiador y filósofo le han deparado. A pesar de la senectud de su autor al redactarlo, la obra rezuma una prosa desbordante de vitalidad e ingenio, además de los valores ya consabidos en la pluma de Fuller: sabiduría, acierto en la elección de las metáforas, fina ironía y, por encima de todo, un orden perfectamente estructurado.

Como consejos destilados tras un largo proceso de maduración, lo que en realidad son, los párrafos introductorios de la obra resumen el aprendizaje de Fuller en años de batallar, tanto en los campos de batalla reales como en los no menos despiadados de los despachos y las cancillerías, así como en los «visitados» en los libros de historia:

La guerra ha sido una ocupación constante de los pueblos [...]. En la guerra no se debe uno jamás atar a lo absoluto, ni ligarse a un conjunto irrevocable de decisiones. Como cualquier juego de azar, la guerra no tiene un fin preconcebido. La lucha debe, en todo momento, adaptarse a las circunstancias fluctuantes [...]. La brutalidad en la guerra solo compensa muy raramente, este es un axioma con pocas excepciones. Otro es no llevar jamás al enemigo a la desesperación, ya que aunque ello pueda hacer ganar la guerra, es lo más seguro que la prolongue en perjuicio propio [...]. Una vez derrotado el adversario, es de sabios levantarlo de nuevo, ya que es probable se necesite su ayuda en el siguiente conflicto<sup>55</sup>.

Y acaba estos párrafos en los que expone, adelantando parte de las conclusiones, sus motivos para redactar la obra con uno de esos sarcásticos giros tan británicos, tan suyos, que nos arrancan una sonrisa entre tanta erudición, al decir que después de ella se podría escribir una segunda parte intitulada: *Cómo no dirigir una guerra*, libro para el que habría una superabundancia de material.

*La dirección de la guerra* es, en realidad, un repaso histórico al impacto que las revoluciones sociales, económicas, políticas y tecnológicas habidas desde la Revolución francesa hasta nuestros días —los suyos, por mejor

---

<sup>54</sup> El origen de esta obra es un tomo menos ambicioso que ya editó en 1932 FULLER con el nombre de *War and Western Civilization, 1832-1932: A Study of War as a Political Instrument and the Expression of Mass Democracy* (Duckworth, Londres).

<sup>55</sup> FULLER, John F. C.: *La dirección de la guerra*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1965, pp. 7-9.



decir—, han tenido en ese complejo fenómeno humano que llamamos guerra y en la conducción de las mismas por los mandos político-militares. Un repaso a su índice nos dará una cabal idea de la estructura del tomo:

- I. Las guerras de los reyes absolutos
- II. El renacimiento de la guerra ilimitada
- III. La guerra napoleónica
- IV. Las teorías de Clausewitz
- V. La influencia de la Revolución Industrial
- VI. La guerra civil americana
- VII. Moltke, Foch y Bloch
- VIII. Los orígenes de Armagedón
- IX. La dirección de la Primera Guerra Mundial
- X. Lenin y la Revolución rusa
- XI. La guerra revolucionaria soviética
- XII. Veinte años de armisticio
- XIII. La dirección de la Segunda Guerra Mundial
- XIV. El problema de la paz

La tesis de John Frederick Charles Fuller es la siguiente: hubo una época en que, aceptada la guerra como inevitable, la humanidad recurrió a normas para su regulación, es decir, para la limitación de sus siempre indeseados efectos. Esas normas venían dadas por una especie de ética universal basada en criterios eminentemente prácticos y revestida ora de principios religiosos, ora de normas caballerescas entre los hombres de armas. Ética que, en resumen, se basaba en que todo daño provocado innecesariamente al enemigo y no tendente a alcanzar la paz constituye un acto de libertinaje, condenado por ley natural. La perfección de esta forma de hacer y entender la guerra se alcanzó, según el de Chichester, en el siglo XVIII, cuando florecieron como frutos de aquella «civilización aristocrática y cualitativa» nombres como Vauban, Marlborough, Carlos XII, Federico o Suvarov.

La Revolución francesa, por un lado, al democratizar a los pueblos, y la Industrial por el otro, al mecanizarlos, tuvieron como efectos perniciosos una globalización de la guerra: globalización por llegar a todas las poblaciones y a todos y cada uno de sus ciudadanos, globalización por necesitar de todos los recursos —humanos y materiales— para realizarla lo cual radicalizó consecuentemente su ejecutoria. Fenómenos que llevarían a la degradación bélica del siglo XX: «A partir de la Revolución francesa, la guerra se convirtió cada vez en más ilimitada, llegando a ser, finalmente, total. En la cuarta década del siglo XX llegó a tener tan poco valor la vida humana que la matanza de

poblaciones civiles fue aceptada como objetivo estratégico, [retrocediendo] el mundo a la barbarie»<sup>56</sup>. Por otra parte, las levadas masivas, necesarias para mantener este tipo de guerra sin límites éticos, legales o prácticos de ningún tipo, cambiaron los fundamentos del arte militar, ya que «hasta entonces los soldados habían sido muy costosos, pero ahora resultaban muy baratos; las batallas, evitadas hasta aquel momento, eran ahora buscadas, ya que por muy elevadas que pudieran ser las bajas, eran rápidamente compensadas mediante las listas de recluta»<sup>57</sup>. De ahí la repulsión que nos produce el estudio de las grandes batallas de la Gran Guerra del 14, en que la devaluación de la vida humana llegó a tal extremo que se sacrificaban brutalmente como corderos cientos de miles de hombres para conseguir avanzar unos palmos de terreno estéril...

Napoleón, brillante como planificador de campañas, genial táctico, gran estratega, aportó sin embargo su grano de arena en esta caída desenfrenada hacia el abismo al no contentarse nunca con sus victorias ni aceptar como definitivos los sucesivos *statu quo* que iba consiguiendo, practicando una insaciable y suicida política que llevaría a su país a la ruina y, lo que es peor, sembraría un precedente de discordia total entre los pueblos de Europa, lo que creó una atmósfera de enfrentamiento irreconciliable que los adelantos técnicos en armamento y una sobrelectura o lectura errónea de Clausewitz a lo largo del siglo XIX y principios del XX llevarían al paroxismo de la guerra total. Es precisamente en este momento de la obra cuando Fuller, libre de prejuicios y de cargas, de cualquier tipo de complejos y madurada su propia teoría de la guerra, se atreve al fin a hacer explícitamente su crítica más dura al maestro germano:

De todas las equivocaciones de Clausewitz, la más grande fue que nunca comprendió el verdadero objetivo de la guerra, que es siempre la paz, y que, por tanto, esta ha de ser la idea dominante de la política, siendo la victoria solo el medio para su consecución [...]. En realidad, la palabra «paz» apenas aparece una media docena de veces en su célebre libro *De la guerra* [...]. La violencia llevada a sus últimos extremos termina siempre en un fracaso absoluto. Es mejor, evidentemente, el consejo de Montesquieu: «Las naciones deben hacerse mutuamente el máximo bien en época de paz y el menor daño posible en tiempo de guerra, sin perjudicar con ello sus propios intereses», si la paz ha de ser algo más que una suspensión temporal de las hostilidades<sup>58</sup>.

---

<sup>56</sup> FULLER, John F. C.: *op. cit.*, pág. 27.

<sup>57</sup> FULLER, John F. C.: *op. cit.*, pág. 29.

<sup>58</sup> FULLER, John F. C.: *op. cit.*, pág. 67.

Un pueblo advenedizo en la historia, el americano, iba a radicalizar aún más el fenómeno bélico cuando en su guerra civil los mandos de ambos bandos inculcaron una política de rendición incondicional del enemigo que iba a caracterizar por siempre a esta nación. Mandos políticos que espoleaban así a sus pueblos para mejor poder manejarlos, soliviantándolos de una forma totalmente irresponsable, pues cuando estos pierden el control es muy difícil embridarlos. Hemos dicho ambos bandos, pero Fuller nos enseña en su obra que en realidad la facción que adoptó esa consigna no solo como irrenunciable sino como seña de identidad —*U.S. United States = Unconditional Surrender* (rendición incondicional)— fue precisamente el norte industrial, con un sistema capitalista todavía sin regular y, por ende, despiadado en sus formas de contratación, fiel reflejo de la radicalización que el mundo estaba viviendo en todas sus expresiones. Si el efecto de la Revolución francesa en la guerra fue devaluar la vida humana vía levas masivas, el efecto de la Industrial fue devaluar el don divino del trabajo humano al convertirlo en mera mercadería...

La guerra civil americana fue el primer gran conflicto de la era de vapor y su origen estuvo íntimamente relacionado con el impacto de la Revolución Industrial sobre lo que Marx llama las «fuerzas de producción» predominantes en aquel entonces en los incipientes Estados Unidos, lo que llevó a un cambio en las «relaciones productivas» y, finalmente, a la guerra entre dos diferentes sociedades económicas [...]. Sherman, Grant, Sheridan y otros generales de la Unión pertenecían a la época de la Revolución Industrial y su principio rector era el de las máquinas que los habían formado, es decir, la eficiencia. Ahora bien, como la eficiencia se rige por una sola ley, que el fin justifica los medios, no puede tolerar ningún concepto moral o espiritual o ninguna conducta tradicional que se oponga en su camino<sup>59</sup>.

---

<sup>59</sup> FULLER, John F. C.: *op. cit.*, pp. 85 y 96. He aquí uno de los principales puntos de discrepancia entre los dos grandes tratadistas británicos. Si Liddell Hart ponía como modelo de movilidad y de aproximación indirecta al general Sherman, sobre el que escribió una memorable biografía, Fuller vio en él un perfecto Atila, que convirtió a su ejército en una chusma con carta blanca para arrasar el sur. Por el contrario, donde Liddell Hart se une a la mayoría para criticar a Grant, Fuller vio en éste el artífice de la victoria, que supo dosificar sus recursos inteligentemente, entendiendo que en una guerra moderna tienen más importancia los factores económicos que los eminentemente bélicos. Le había dedicado dos obras en la década de los treinta.

La espiral descendente hacia el abismo había dado una nueva vuelta en forma de una guerra fratricida atroz, repugnante como todo enfrentamiento entre hermanos, máxime si no se concede una sola salida al oponente...

Y llegamos a 1914... Ya hemos venido viendo a lo largo del estudio las opiniones de Boney al respecto de esta primera gran guerra, por lo que no nos repetiremos. Yendo a sus consecuencias, Fuller recalca en esta obra que, *más atroz que el Somme, más atroz que Verdún, fue la falsa paz de Versalles, pues* «una paz impuesta apenas puede ser algo más que un armisticio, como así ocurrió en realidad»<sup>60</sup>. En cualquier caso, la guerra trajo dos fenómenos en forma de regímenes políticos de signo contrario que representan el máximo de degradación moral alcanzado por esta espiral negativa comenzada, según el autor, en 1789: el comunismo y el fascismo. Ambos movimientos, que irrumpen en la historia de forma natural al haber renunciado la humanidad a limitarse con normas éticas, representan no solo el máximo de degradación, sino que además simbolizan el triunfo y la exaltación suprema de la falta de valores, pues ambos modelos ensalzarán la mentira, la traición, la subversión y la violencia —justificada o no— como parte esencial de su programas ideológicos y vitales. Ponían así las bases para un enfrentamiento universal en el que la hoguera de la guerra entendida en su faceta más brutal iba a devorar a más de cincuenta millones de personas. Fuller nos recuerda el pensamiento de Lenin, válido como exponente de estas dos aberraciones históricas a que estamos aludiendo: «Rechazamos toda moralidad derivada de conceptos inhumanos y anticlasistas. Todo se trata de un engaño, de un fraude en beneficio de los capitalistas [...]. La guerra no debe valorarse «por el número de bajas», sino por sus consecuencias políticas. Por encima del interés de los individuos muertos y los sufrimientos derivados de la guerra, deben estar siempre los intereses de clase. Si la guerra sirve a los intereses del proletariado como clase y en su conjunto, asegura su liberación del yugo y su libertad para la lucha y el desarrollo, tal guerra constituye un progreso, independientemente de las víctimas y los sufrimientos que ocasione»<sup>61</sup>. Los ejércitos pasaban de ser maquinarias disciplinadas antaño portadoras de civilización a ser hordas masificadas al servicio de revoluciones carentes de cualquier ética o moralidad superior. La paz había dejado de existir: era solo un «respiro» para preparar la nueva guerra, el estado ideal de los regímenes totalitarios hasta alcanzar sus fines, que no eran sino el exterminio total y absoluto del contrario. La máxima de Clausewitz se daba la vuelta sobre sí misma para convertirse en un macabro, retorcido adagio: la paz es solo la

<sup>60</sup> FULLER, John F. C.: *op. cit.*, pág. 137.

<sup>61</sup> FULLER, John F. C.: *op. cit.*, pp.183-184.

continuación de un estado permanente de guerra, un mero interludio en el que afilar las armas...

Como dijo Ferrero, la civilización, que había aprendido a hacer la guerra en todas sus formas, había olvidado sencillamente cómo hacer la paz. Pero ni las mentes más violentas soñaron con un arma como la que iba a poner fin a la Segunda Guerra Mundial, la bomba atómica. Arma, por otra parte, consecuencia lógica de esta espiral descendente que Fuller describe con maestría, pues es un arma total que, si puso fin a la Segunda Guerra Mundial (pues solo uno de los dos bandos la tuvo), en el futuro podría poner fin sencillamente a toda la humanidad por destrucción física del planeta, el colmo de las aberraciones. Paradójicamente, el jaque mate al que llevaba esa arma, y por unos criterios de practicidad antes que de moralidad, resolvía en sí mismo el dilema que planteaba su introducción. Al tenerla los dos bandos realmente vencedores de la guerra civil europea, es decir, Rusia y América, se producía un efecto de neutralización inmediata, puesto que «la guerra nuclear total es un completo disparate desde un sano punto de vista político»<sup>62</sup>.

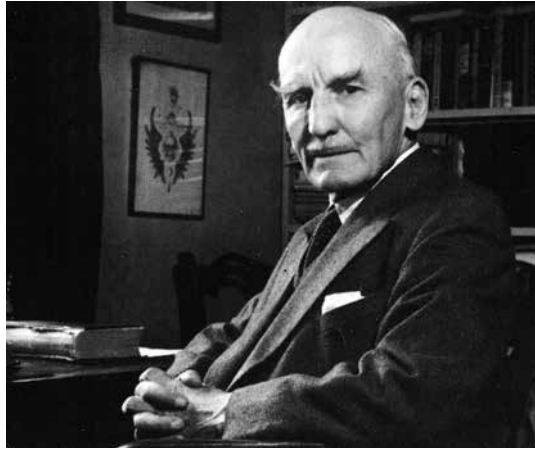
Con una capacidad de predicción realmente asombrosa, Fuller dejó escrito en 1960 el previsible resultado de aquella guerra no tan fría: «Para enfrentarse al desafío comunista, las naciones democráticas deben darse cuenta de que el problema que tienen que resolver es muy diferente de las rivalidades comerciales internacionales de otro tiempo, cuyos objetivos eran puramente económicos. Hoy se enfrentan con una guerra económica sobre bases militares, cuyo objetivo es revolucionario y en el que el comercio representa una fuerza armada más [...]. [Pero por otra parte] el proletariado está siendo educado en los países marxistas, por lo que la naturaleza humana volverá sobre sí misma, y ese lector ilustrado se transformará en una nueva burguesía que hará zozobrar al marxismo»<sup>63</sup>. Los años ochenta, con la presión económica que la Administración Reagan ejerció contra su oponente, unida a la espiritual ejercida por «las divisiones» de un Papa polaco y, sobre todo, al despertar de esa burguesía aplastada por una injusta estructura socioeconómica, traerían como sabemos la caída del comunismo, con lo que una vez más se cumplía la profecía de nuestro autor, pues estaba bien construida por mamar directamente de la historia.

¿Se cumplirá la última predicción que nos lanza como cierre de esta su gran obra el gran John Frederick Charles «Boney» Fuller? «En el caso de que un exceso de población —la causa biológica de las guerras— se hiciera insoportable para China, cuando disponga de armas nucleares, como indu-

<sup>62</sup> FULLER, John F. C.: *op. cit.*, pág. 281.

<sup>63</sup> FULLER, John F. C.: *op. cit.*, pág. 294.

dablemente ha de producirse algún día, bien pudiera encontrar ese país más sencillo extenderse que estallar». Incógnita que aún no sabemos resolver, pues al fin y al cabo, como dijo Kipling en uno de los versos favoritos de Fuller: «Los hombres lo somos todo sobre la tierra... Todo excepto dioses».



**Figura 25. *Adiós maestro.* El major-general John Frederick Charles «Boney» Fuller, CB, CBE, DSO, desde la vejez y en su «laboratorio», nos lanza una última y enigmática mirada. Adiós a este fascinante hombre que vivió cuatro vidas en una: soldado, profeta, historiador y filósofo**

## BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV.: *The Marine Corps Way (Using Manoeuver Warfare to Lead a Winning Organization)*. McGraw-Hill, Nueva York, 2004.
- AFONSO, Aniceto y MATOS, Carlos de: *Portugal e a Grande Guerra (1914.1918)*. QN Edição e Conteúdos, Lisboa, 2010.
- BARNETT, Correlli: *Britain and her Army (1509-1979). A Military, Political and Social Survey*. Penguin Books, Middlesex, 1974.
- CALVO PICÓ, Pedro:  
 — “Aprisa, duro, lejos”, en *Revista Ejército*, n.º 251, diciembre 1960.  
 — *Historia del Arte Militar*. Obra inédita en seis tomos del general de brigada de infantería DEM Exmo. Sr. D. Pedro Calvo Picó.
- CHADWICK, Kenneth: *The Royal Tank Regiment* (con introducción del teniente general sir Brian Horrocks). Leo Cooper, Londres, 1970.
- CLAUSEWITZ, Carlos von: *De la Guerra*. Ediciones Ejército, Madrid, 1980.
- DANCHEV, Alex: *Alchemist of War. The Life of Basil Liddell Hart*. Phoenix Giant, Londres, 1998.
- ELLIS, Chris y CHAMBERLEIN, Peter: *Tanks Marks I to V*. Profile Publications (Colección AFV —Armoured Fighting Vehicles—), Leatherhead, Surrey, c. 1970.
- FULLER, J. F. C.:  
 — *Armament and History (The Influence of Armament in History from the Dawn of Classical Warfare to the End of the Second World War)*. Da Capo Press, Nueva York, 1998.  
 — *Batallas decisivas del mundo occidental y su influencia en la historia* (3 tomos). Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1961.  
 — *Decisive Battles: Their Influence upon History and Civilisation*. Charles Scribner's, Nueva York, 1940.  
 — *Educación del soldado para la guerra* (traducida por el teniente don Emilio Castellano Gállego, alumno ESG). Calpe, Madrid, 1925.  
 — *Generalship: its Diseases and their Cure: A Study of the Personal Factor in Command*. Faber and Faber, Londres, 1933.  
 — *La dirección de la guerra*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1965.  
 — *La guerra futura* (2 tomos; traducción de F. Ahumada). Colección Bibliográfica Militar, Toledo, 1929.  
 — “La guerra y el futuro”. Traducido por el comandante laureado don Adolfo Esteban Ascensión, en *Revista Ejército*, n.º 165, octubre 1953.  
 — *La Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Historia táctica y estratégica*. Círculo Militar Argentino, Buenos Aires, 1988.

- *Máquinas de guerra* (traducida por el teniente coronel don Gonzalo Fernández de Córdoba). Ed. Bibliográfica Española, Madrid, 1945.
- *Memoirs of an Unconventional Soldier*. Nicholson & Watson, Londres, 1936.
- *Operaciones entre fuerzas mecanizadas*. Colección Bibliográfica Militar, Madrid, 1933.
- “Por qué perdió Hitler la Guerra y los aliados la paz”, en *Revista Ejército* n.º 94, noviembre 1947.
- *Tanks in the Great War (1914-1918)*. The Naval and Military Press Ltd., Uckfield, East Sussex, 2012.
- *The Foundations of the Science of War*. Hutchinson, Londres, 1926.
- GRÁVALOS GONZÁLEZ, Luis: «La obra de Juan Federico Carlos Fuller», en *Revista de Historia Militar*, n.º 41, 1976.
- GUDERIAN, Heinz:
  - *Las tropas acorazadas y su cooperación con las otras armas*. Imprenta Aldecoa, Burgos, 1944.
  - *Panzer Leader* (con prólogo de B. H. Liddell Hart). Futura Publications, Londres, 1974.
  - *Recuerdos de un soldado*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1953.
- KNIGHT, Ian y EMBLETON, Gerry: *Boer Wars* (dos tomos: 1836-1898 y 1898-1902). Osprey Military, Londres, 1997.
- LIDDELL HART, Basil:
  - *El otro lado de la colina*. Ediciones Ejército, Madrid, 1983.
  - *Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Caralt, Barcelona, 2006.
  - *History of the First World War*. Book Club Associates, Londres, 1973.
  - *La estrategia de la aproximación indirecta*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1989.
  - *Los generales alemanes hablan. (La guerra vista por los alemanes)*. Ediciones Ateneo, México D. F., 1952.
  - *Memorias de un cronista militar*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1973.
  - *Strategy*. Meridian Books, Nueva York, 1991.
- MARTEL, Giffard LeQuesne: «El futuro del carro de combate», en *Revista Ejército*, n.º 177, octubre 1954.
- REID, Brian Holden:
  - *J. F. C. Fuller: Military Thinker*. MacMillan, Londres, 1990.
  - *Studies in British Military Thought: Debates with Fuller and Liddell Hart*. University of Nebraska, 1998.
- SALAS, Fernando de y NESTARES, Fernando: *Literatura militar*. Imprenta y Litografía de Juan Bravo 3, Madrid, 1954.
- SPENGLER, Oswald: *Años decisivos*. Espasa Calpe, Granada, 1938.



- STRACHAN, Hew: *Ejércitos europeos y conducción de la guerra*. Ediciones Ejército, Madrid, 1985.
- TANK MUSEUM: *The Tank Museum of the Royal Armoured Corps and the Royal Tank Regiment (Official Guide)*. Tank Museum Library, Bovington, Dorset, c. 1990.
- TRYTHALL, Anthony John: «Boney» Fuller: *The Intellectual General*. Cassell, Londres, 1977.
- TURNER, A.: *Cambrai 1917. The Birth of Armoured Warfare*. Osprey Military, Londres, 2007.
- URBAN, Mark: *Generals (Ten British Commanders Who Shaped the World)*. Faber and Faber, Londres, 2005.
- WAR OFFICE: *Engines of War (The Mechanised Army in Action)*. Adam and Charles Black, Londres, 1941.
- WESTLAKE, Ray: *The British Army of August 1914 (An Illustrated Directory)*. Spellmount Limited, Staplehurst (Kent), 2005.

## ANEXO: OBRAS DE J. F. C. FULLER

Año	Título original	Editorial ( <i>princeps</i> )	Título en español	Editorial en español	Observaciones
1	1907 <i>The Star in the West – A Critical Essay upon the Works of Aleister Crowley</i>	The Walter Scott Publishing Co., Londres-Nueva York			Reimpresiones varias
2	1913 <i>Hints on Training Territorial Infantry: From Recruit to Trained Soldier</i>	Gale and Polden, Londres			
3	1914 <i>Training Soldiers for War</i>	Hugh Rees, Londres	<i>Educación del soldado para la guerra</i>	Traducida por el teniente de infantería don Emilio Castellano Gállego, con prólogo del coronel don Enrique Ruiz Formells, para Calpe, Madrid, 1925	
4	1920 <i>Tanks in the Great War: 1914-1918</i>	Murray, Londres; Dutton, Nueva York			Reimpreso por The Naval and Military Press (también por Battery en 500 copias de edición limitada especial en 2003)
5	1922 <i>Economic Movement – The Civil and Military Possibilities of Roadless Traction in the New Future</i>	The Richmond Hill Printing Works, Bournemouth			
6	1923 <i>The Reformation of War</i>	Hutchinson, Londres; Dutton, Nueva York			
7	1924 <i>Sir John Moore's System of Training</i>	Hutchinson, Londres			
8	1925 <i>British Light Infantry in the Eighteenth Century (An Introduction to 'Sir John Moore's System of Training')</i>	Hutchinson, Londres			Reimpreso en facsímil en 1991 por T. Wise

9	1925	<i>Yoga: A Study of the Mystical Philosophy of the Brahmins and Buddhists</i>	W. Rider, Londres; McKay Pensilvania			Reimpresiones varias en la India
10	1925	<i>Pegasus – Problems of Transportation</i>	Kegan Paul, Londres; Dutton, Nueva York (1926)			
11	1926	<i>The Foundations of the Science of War</i>	Hutchinson, Londres			Reimpreso por el US Army Command and General Staff College Press en 1993
12	1926	<i>Imperial Defence, 1588-1914</i>	Sifton Praed, Londres			
13	1926	<i>Atlantis – America and the Future</i>	Kegan Paul, Londres			
14	1928	<i>On Future Warfare</i>	Sifton Praed, Londres	<i>La guerra futura</i>	Versión abreviada de F. Ahumada para la Colección Bibliográfica Militar, (dos volúmenes —el XII y el XIII— con figuras en el texto). Imprenta TEA, Toledo, 1929	
15	1929	<i>The Generalship of Ulysses S. Grant</i>	Murray, Londres; Dodd Mead, Nueva York			Reditado por Indiana UP, Bloomington (Indiana) en 1958 y en Da Capo Press, Nueva York, 1991
16	1931	<i>India in Revolt</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres			
17	1931	<i>Lectures on F. S. R. II</i>	Sifton Praed, Londres			

18	1932	<i>Lectures on F. S. R. III (Operations Between Mechanized Forces)</i>	Sifton Praed, Londres	<i>Operaciones entre fuerzas mecanizadas (comentarios al F. S. R.)</i>	Versión de Secundo Serrano para la Colección Bibliográfica Militar, Toledo, 1933	Reditado por Eyre and Spottiswoode como <i>Armoured Warfare</i> en 1943 (ver); también en Harrisburg, 1955 y Greenwood, 1983
19	1932	<i>The Dragon's Teeth: A Study of War and Peace</i>	Constable, Londres			
20	1932	<i>War and Western Civilization, 1832-1932: A Study of War as a Political Instrument and the Expression of Mass Democracy</i>	Duckworth, Londres			Reditado por Books for Librarians Press, Nueva York en 1969. Es el origen de <i>La di-rección de la guerra</i>
21	1933	<i>Grant and Lee: A Study in Personality and Generalship</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres; Scribner's, Nueva York			Varias reediciones, destacando la de Indiana UP, Bloomington, en 1957
22	1933	<i>Generalship: Its Diseases and their Cure: A Study of the Personal Factor in Command</i>	Faber and Faber, Londres			Reeditado por Military Service Publishing, Harrisburg (Pensilvania), 1936
23	1934	<i>Empire Unity and Defence</i>	Arrowsmith, Bristol			
24	1935	<i>The Army in my Time</i>	Rich and Cowan, Londres			
25	1936	<i>The First of the League Wars: Its Lessons and Omens</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres			
26	1936	<i>Memoirs of an Unconventional Soldier</i>	Ivor Nicholson and Watson, Londres			
27	1937	<i>Towards Armageddon: The Defence Problem and its Solution</i>	Lovat Dickson, Londres			

28	1937	<i>The Last of the Gentlemen's Wars: A Subaltern's Journal of the War in South Africa 1899-1902</i>	Faber and Faber, Londres				Varias reediciones
29	1937	<i>The Secret Wisdom of the Qabalalah: A Study in Jewish Mystical Thought</i>	Rider, Londres				
30	1939	<i>Decisive Battles: Their Influence Upon History and Civilization, Vol. I – From Alexander the Great to Frederick the Great</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres; Scribner's, Nueva York				Los dos tomos corresponden a la versión inglesa; la de Estados Unidos apareció en uno solo en 1940. Todo el <i>stock</i> de la edición británica ardió en un bombardeo durante la batalla de Inglaterra (por ello, solo quedan raros ejemplares del primer tomo)
31	1940	<i>Decisive Battles: Their Influence Upon History and Civilization, Vol. II – From Napoleon the First to General Franco</i>					
32	1942	<i>Machine Warfare: An Enquiry into the Influence of Mechanics on the Art of War</i>	Hutchinson, Londres / <i>The Infantry Journal</i> , Washington D. C. (en 1943)			Con 14 diagramas. Traducida por el teniente coronel de caballería DEM don Gonzalo Fernández de Córdoba Parrella para Ed. Bibliográfica Española, Madrid, 1945	Reimpreso por el US Army Command and General Staff College Press en 1983 y por <i>The Infantry Journal</i> en 1994
33	1942	<i>The Decisive Battles of the United States</i>	Hutchinson, Londres; Harper, Nueva York				Reimpresiones y reediciones varias

34	1943	<i>Armoured Warfare: An Annotated Edition of Fifteen Lectures on Operations between Mechanized Forces</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres; Military Service Publishing Co., Harrisburg (Pensilvania)			Versión ampliada, corregida y puesta al día del <i>Lectures on FSR III</i> (ver arriba)
35	1944	<i>Warfare Today: How Modern Battles are Planned and Fought on Land, Sea and in the Air</i>	Odhams, Londres			En colaboración con el almirante sir R. Bacon y el mariscal del aire sir P. Playfair
36	1944	<i>Watchwords</i>	Skeffington, Londres-Nueva York			
37	1946	<i>Thunderbolts</i>	Skeffington, Londres-Nueva York			Colección de ensayos
38	1946	<i>Armament and History: A Study of the Influence of Armament on History from the Dawn of Classical Warfare to the Second World War</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres; Scribner's, Nueva York (en 1945)			También en Da Capo Press, Nueva York 1998
39	1948	<i>The Second World War, 1939-45: A Strategic and Tactical History</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres; Duell, Sloan and Pearce, Nueva York (en 1949)	<i>La Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Historia táctica y estratégica</i>	Traducida por la Delegación de la Jefatura Militar Argentina y editada por el Círculo Militar de aquel país; Buenos Aires, en 1950 en primera edición y en 1988 en segunda (colección Biblioteca del Oficial). Entre ambas hubo otra versión debida a la Editorial Rioplatense, también de Buenos Aires, en el año de 1972	Varias reimpressiones y reediciones (Meredith Press, Da Capo...)

40	1951	<i>How to Defeat Russia</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres			Panfleto de 15 páginas. Se puede encontrar otra versión bajo el nombre de <i>Russia is not invencible</i>
41	1954	<i>The Decisive Battles of the Western World and their Influence upon History, Vol. I – From the Earliest Times to the Battle of Lepanto</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres	Batallas decisivas del mundo occidental y su influencia en la historia: Vol. I. Desde los tiempos más remotos hasta la batalla de Lepanto; Vol. II. Desde la derrota de la Armada Invencible hasta la batalla de Waterloo; Vol. III. Desde la guerra civil americana hasta el final de la Segunda Guerra Mundial	Ediciones en castellano: Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1961 (3 vols. ilustrados) Ed. Ejército, Madrid, 1979 (3 vols.) RBA colecc., Barcelona, 2006 (5 vols.) Con el nombre de <i>Las batallas decisivas del mundo antiguo (de Salamina a la Pax Romana)</i> , a cargo de José Enrique Ruiz-Doménec para Gredos, Madrid, 2010	Redicciones varias, destaca la versión abreviada en 1970, 72 y 75 a cargo de John Terraine para Granada Publishing Ltd. (Paladin), St. Albans; y la de 1954-56 con el nombre <i>A Military History of the Western World</i> , por Funk and Wagnalls, Nueva York
42	1955	<i>The Decisive Battles of the Western World and their Influence upon History, Vol. II – From the Defeat of the Spanish Armada to the Battle of Waterloo</i>			(Todas siguen la traducción de Julio Fernández-Yáñez)	
43	1956	<i>The Decisive Battles of the Western World and their Influence upon History, Vol. III – From the American Civil War to the End of the Second World War</i>				

44	1958	<i>The Generalship of Alexander the Great</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres; Rutgers UP, New Brunswick (Nueva Jersey) (1960)			Varias reimpressiones y reediciones (Minerva, Easton, Wordsworth, Spa, Da Capo)
45	1961	<i>The Conduct of War, 1789-1961: A Study of the Impact of the French, Industrial and Russian Revolutions on War and its Conduct</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres; Rutgers UP, New Brunswick (Nueva Jersey)	<i>La dirección de la guerra</i>	Versión de César Ibarrola para Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1965 (en la colección La Vida Vivida)	Varias reimpressiones y reediciones
46	1965	<i>Julius Caesar: Man, Soldier and Tyrant</i>	Eyre and Spottiswoode, Londres; Rutgers UP, New Brunswick (Nueva Jersey)			Reimpreso en 1969 por Minerva Press, Nueva York (también por Da Capo en 1991 y por Wordsworth en 1998)

**Nota 1:** Muchas obras del maestro están disponibles en internet y pueden ser reimprimadas bajo demanda (curiosamente, en la India, país que considera al general Fuller un hijo adoptivo, sus obras sobre ocultismo y yoga gozan de muy buena salud). A este conjunto de obras, impresionante por su cantidad, calidad y originalidad (hay muy pocas compilaciones o versiones), habría que añadir infinidad de artículos en publicaciones militares y civiles, además de prólogos, introducciones, estudios y reseñas para libros de otros.

**Nota 2:** Años después de su fallecimiento, y como para alimentar el enigma de su leyenda, fue editada una colección de estudios suyos y de Aleister Crowley bajo el título *The Treasure House of Images*. "Boney" publicando después de muerto...